
3 1761 07143998 8

EL REY DE ESPAÑA.

EL REY DE ESPAÑA.

POR

DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

MADRID.
IMPRENTA DE RAMON RAMIREZ.—San Márcos, 32.

1869.

Pensaba escribir un libro; pero ¿quién lee en estos dias un libro?

Temerosos y asombrados no andamos, sino que envueltos en el torbellino de los sucesos, corremos por el camino triste de la vida, preguntando contínuamente ¿qué hay?; y á todas partes revolviendo los ojos y al más leve rumor atentos los oidos.

Un artículo no bastaria á mi propósito... escribiré, pues, algunas hojas, tan francas como la altivez del espíritu que llega á sondear la vanidad de las cosas humanas, y tan tristes como está el alma que respira bajo un cielo que no es el cielo de la patria.

En mi juicio puedo escribir estas hojas sin quebrantar en lo mas mínimo las leyes de mi país, porque yo condeno á la revolucion y á los hombres que imaginan dirigirla, pero no incito á la guerra civil, y espero el remedio de nuestros males de la misericordia de Dios, y del amor del pueblo español á la fé de sus padres y al trono de sus reyes legítimos.

Al escribir estas hojas, siéntome embarazado y confuso, porque he de hablar tambien de mí, y Dios

sabe que si hay cosa que me repugne en el mundo, es semejarme al actor que se presenta en escena á llamar sobre sí las miradas y á entretener la atencion del auditorio.

Esta repugnancia mia no es modestia: he andad bastante por el mundo y no he tenido la dicha de tropezar con esa señora: tambien sé que no la tengo en mi casa.

Quizás esa repugnancia nazca de altivez; pero hay altivez que se puede perdonar: hay altivez que cuida mucho de no hollar ni ofender á nadie; que se presta fácil á la alabanza de otros; que precia poco el escaso valor de su entendimiento y la pobreza de su saber; pero que acaso presuma mucho de su propio corazon, en términos que imagine que puede colocarlo sobre intereses y pompas humanas, y desde aquella altura no fiar la paz y dicha de la vida á la opinion de las muchedumbres, que al cabo es falible y movediza; sinó al testimonio de su conciencia bajo las miradas de Dios.

Mi conciencia me dice que podré hacer una obrilla literariamente mala, más aspiro á hacer una accion moralmente buena; y si es que hablo de mí, Dios me es testigo de que lo hago á desgrado y con angustia; más lo hago porque he llegado á creer que dando cuenta á mis lectores hasta de mis pensamientos íntimos y digámoslo así, arrojando delante de ellos mi corazon, me creerán más fácilmente; y yo tengo interés, imponderable interés en que me crean, pues si me creyeren, con valer yo tan poco, podria hacer algo y quizás mucho en favor de mi patria; de esa patria que ama el corazon; de esa pobre patria que está pereciendo!

Creo firmemente que casi todos los que leyeren, me tendrán por veraz, y ¿cómo la altivez de mi espíritu podria bajarse hasta la mentira? ¿Y quién me la podria pagar, y con qué me la habia de pagar? Nada quiero de nadie, ni Rey ni pueblo, fuera de la justicia, que se nos debe á todos; de la libertad de un honrado trabajo; y de ocho palmos de tierra que necesita cualquier muerto.

Sois hombre verídico, podrán decir algunos; pero ¿quién nos fia de que seais hombre imparcial, y de que la pasion no os ciegue y el espíritu de partido no os fascine?...

¡El espíritu de partido! ¿Y cuándo yo, enemigo de los partidos, he sido hombre de partido? ¡La pasion! Posible es, y sobre esto no puedo presentar fiador ninguno; mas puedo decir, estando despierto y no dormido, que sin duda ha querido Dios que no hubiese hombre de esos que se llaman públicos, que por las circunstancias especiales de su vida se encontrara en condiciones de poder mostrarse más imparcial y menos iluso... lo cual no tengo por alabanza, ni aun por fortuna.

Escuchad algunos momentos y juzgareis.

Evoco los recuerdos del tiempo pasado, desde los primeros años de mi vida, y puedo repetir, sin quitar un ápice, lo que díje á poco de llegar á las Córtes del reino.

«Era casi niño cuando resonó un grito alegre anunciando que despuntaba en el horizonte español la aurora de la libertad. Palpitaron los corazones, y el mio, lo confieso, se gozó tambien: yo imaginé que era la aurora de un dia feliz para España. Profetas de alegres nuevas nos mostraron un camino sembrado de

flores y embellecido con aguas corrientes; al fin de ese camino nos hacian columbrar una tierra paradisáica. Mis maestros más respetables, mis parientes más caros, mis amigos más íntimos se lanzaron en ese camino de bendicion tras la esperanza de la felicidad. Pero yo, lo confieso, no llegue á poner en él mi pié, porque merced á no sé qué instinto misterioso, parecióme que íbamos, no á reformar, (de lo cual habia no poca necesidad) sinó á destruir; que no animaba nuestra obra el espíritu español, religioso, monárquico, libre, el que asistia á los Concilios de Toledo, hablaba en las Córtes de Castilla, respiraba en los fueros de Aragon y de Valencia; sinó el espíritu francés, escéptico y burlon, materialista y revolucionario, que jamás supo dar libertad á su patria, verdugo cuando Robespierre, esclavo cuando Napoleon, eunuco y corruptor en tiempos de Luis el Prudente.»

Esto que dije es verdad. Crecí entre liberales, sin haber sido liberal ni un instante de mi vida.

Fuí abogado, y es notorio que liberales y no liberales fueron recibidos en mi casa con igual cordialidad, y defendidos con el mismo celo y con el mismo desinterés.

Y saben algunos liberales que si en su próspera fortuna tenian en mí un amigo, en la adversa hallaban un hermano.

Fuí Diputado, y si estreché afectuosamente la mano de personas que sustentaban principios que siempre amé, estrechaba afectuosamente tambien la de hombres que sostenian los contrarios. Rivero, Sorní y Figueras entre mil pueden dar testimonio.

Yo no he recibido ningun agravio personal de la

revolucion; tampoco quise recibir del liberalismo ninguna merced.

En mi vida no ya corta, acompañé á más de un amigo á la cárcel; pero nunca entré en la cárcel.

A los 17 y 20 años recorrí calles y plazas alborotadas de Valencia; y paseaba en los primeros de octubre último, calles y plazas clamorosas de Madrid. Jamás he oido ni una palabra de insulto, ni reparado que se fijase en mí ni una mirada insolente.

Políticamente hablando, puedo repetir, respecto de los liberales, las palabras de Tácito· *Nec beneficio nec injuria cogniti...*

Y ha querido Dios que pudiese decir lo mismo de aquella Sociedad Santa que es y será esencialmente contraria al liberalismo, como es y será esencialmente amiga de la libertad... Hablé mal, impropiamente por lo menos; porque yo debo mucho, yo lo debo todo á la Iglesia que á todos nos da el agua santa con que nos hace hijos de Dios, y la palabra divina con que regla nuestro corazon y alumbra nuestro espíritu... Me referia solo á mercedes, honores y recompensas materiales.

Recuerdo que en las Córtes decia, dirigiéndome al Sr. Rivero: «Yo tambien soy hijo del pueblo y amo al pueblo... Monárquico soy; pero de aquellos que acaso hacen mal en pensar y peor en decir, que tienen resolucion de no aceptar, con los respetos debidos, merced de ningun Rey, á no ser de algun Rey destronado.»

Hoy añado: «Ni de un Rey destronado siquiera.»

¿Por ventura en el último tercio de la vida habré oido en sueños aquella voz fatídica que turbaba los

de Macbeth? Si alguien lo pensara y yo lo supiese, me echaria á reir.

Hay una enfermedad que se llama inapetencia de espíritu: no pregunteis al enfermo si quiere algo, porque no quiere nada. Miró en torno suyo, y vió vanidad hasta en las pompas reales; vanidad y miseria en todo, porque todo está sombreado por la vecindad de la muerte. Se reconcentró en sí mismo y se fijó en su pobre corazon, y al sondear su inmenso vacío dió un grito de espanto... Por fortuna en el mio ¡gracias á Dios! entre muchas miserias queda inmenso cariño, y en ninguno de sus pliegues ¡gracias á Dios! se esconde ni un átomo de ódio... La cabeza define el ódio: el corazon no sabe lo que es.

Repaso las líneas escritas y estoy por borrarlas. Sé cuanto se podrá pensar y decir... no importa: que se me perdone por haberlas escrito, puesto que hay en ellas grandes palpitaciones de soberbia. Dándolas á luz, me castigo á mí propio; y lo hago porque pensando en alta voz y poniendo de manifiesto el corazon, se me creerá más fácilmente, y ya he dicho que tengo imponderable interés en que se me crea; pues en tal caso «con valer yo tan poco, podria hacer algo, y quizás mucho, en favor de mi patria amadísima, de esa pobre patria que está pereciendo!»

Cuando llegué á las Córtes, pude decir sin afectacion y con verdad que recibí á la diputacion, «que se vino á mi casa como se recibe á un huésped noble, pero importuno y molesto.»

Nada de lo que ví, me asombró; pero sentí con más viveza la falsedad esencial y la corrupcion imponderable de eso que se llama sistema parlamentario.

En aquella sazon acababa de presentarse en la escena política, unido al parecer y compacto, el lucido ejército de la Union liberal. A su frente un Capitan insigne que desafiaba sonriendo el embate de las oposiciones que todo al fin lo socava, y del tiempo que todo lo devora.

Estaba aquel hombre en la mañana de su gloria y brillaba su estrella en el cielo desierto...

Vivió cinco años, pero hubiera muerto á los tres sin el corto y glorioso viaje de Africa. Las aguas de Africa le probaron bien.

A la sombra de la Union liberal, matrimonio que el cielo no podia bendecir, y mientras su jefe andaba afanoso por dirimir rencillas y acabar ó aplazar dis-

cordias caseras; atento solo á las necesidades, quejas y miserias de la familia, iba un hombre eminente organizando el partido progresista, é iba la democracia sembrando por todas partes doctrinas que embriagan corazones y enloquecen entendimientos.

Desde el primer dia se veia en el horizonte la nubecilla que al fin seria tempestad; y oíase aunque lejano, el galopar de los caballos de Atila.

Dije sencillamente lo que veia y lo que oia. Se me llamó soñador, visionario, neo... ¡Los grandes hipócritas de la época me llamaron neo! Me reí del apodo, y me indigné de la hipocresía. Era yo pecador antiguo, pero católico viejo por los cuatro costados. No iba á las Córtes á medrar, y aunque Dios me hubiera concedido algun ingenio, no hubiera tenido gana ninguna de lucirlo. Amaba la libertad y por eso no pertenecia á ningun partido; que quien se afilía á un partido en poco ó en mucho la pierde. Era, en fin, un español, hombre de bien como mi padre, que por circunstancias singulares se encontraba solo en las Córtes, y como ni esperaba, ni temia ni odiaba, podia decir la verdad ó lo que juzgaba era verdad.

Una sola vez voté á disgusto, pero siempre con arreglo á conciencia.

Amaba á los tiempos antiguos, claro está, porque tengo padres y amo á mis padres; fuera de que los tiempos aquellos, á pesar de sus vicios y tachas, fueron grandes y buenos singularmente para los pequeños y para los pobres. Pero amador de los tiempos antiguos no desdeñaba adelantamientos y mejoras de los modernos, y estoy seguro de que era alta la idea que vivia en mi espíritu y generoso el sentimiento que agitaba mi alma.

Yo no soñaba; quien soñaba era el conde de Lucena.

Yo no sueño, los que sueñan son Prim y Serrano y Castelar y Orense.

Lo que se tiene por sueño será al fin realidad; y si Dios quiere, lo será pronto.

Por desgracia no era visionario ni desconocia por completo el tiempo presente y acaso presentia algo del porvenir; pero estaba el negro daño en que me espresaba mal ó no me entendian bien.

Cumple á mi propósito trascribir el final del discurso, en que yo, el *retrógrado* y el *oscurantista*, sostenia que el empleado no debia ser Diputado, ni el Diputado pudiera ser empleado. Despues de apoyar esta proposicion mia, fijándome en el estado general de la sociedad, dije:

...«Qué ¿no veis que los tiempos se adelantan, y las tinieblas se espesan, y el dia de la lucha se aproxima, y que no podemos permanecer así, miserablemente enredados en cuestiones miserables, griegos del bajo Imperio, que no acaban de charlar mientras los bárbaros golpean con sus hachas las puertas de la ciudad?

»El mundo se trasforma: á la venida de Jesucristo se hizo romano para recibir la nueva de salud. Hoy el camino de hierro, el telégrafo, la imprenta tienden á hacer de Europa una gran familia, devoran las distancias, mezclan las gentes, borran el carácter especial de los pueblos; van digámoslo así, á preparar un gran campo donde acaso se dé la mayor y mas tremenda batalla que hayan presenciado los siglos. El Antecristo, dice ese libro misterioso que llamamos *Apocalipsis*, tiene millones de soldados que saltan montañas, y traspasan murallas, y por todas partes

nos asedian y nos hostigan... Yo me doy á creer, que el Antecristo es el espíritu de la revolucion que siempre se ha agitado en el mundo; pero que hoy, hecho gigante saca la última consecuencia de la protesta de Lutero, del delirio de Rousseau, del sarcasmo de Voltaire; que proclama al hombre, Rey, Pontífice, Dios; que ha gritado con Proudhon: «¡Yo no conozco nin»gun Dios; la propiedad es un robo; el mejor gobierno »es la anarquía!» y que arroja sobre vosotros millones de soldados, es decir, de ideas que se entran hasta lo mas secreto de nuestras casas á esconderse en el pecho de nuestros hijos. Ahora hay solo escaramuzas; vendrá, no lo dudeis, el dia, y nos encontrará desapercibidos para la batalla. No os adormezcais en el regazo de una vana seguridad: esa nube que veis, casi imperceptible, encapotará todo el horizonte.

»Es menester adelantarse á los tiempos. Todas las cuestiones sociales que amenazan, pueden, deben tener soluciones católicas. Contra la doctrina que hace Reyes de la tierra, pero Reyes miserables nacidos del polvo para convertirse en podredumbre, está esa doctrina que nos hace hijos de Dios, y nos ofrece en el cielo una corona. Contra la doctrina que tiende á destruir todas las gerarquías, obra de Dios en el mundo social, como son en el natural las montañas, que envian sus rios á los valles, está la doctrina que ennoblece la obediencia, y ese espíritu de caridad que hace á los hombres hermanos, declara por mayor entre ellos al que sirva á todos... Y para no cansaros, señores, contra la revolucion está la Religion; y nosotros que reprobamos todo lo malo de los tiempos antiguos, y aprobamos todo lo bueno de los tiempos presentes; nosotros que creemos, que la sociedad está fuéra de los

caminos de Dios; nosotros queremos que el Evangelio, que es ley de libertad, aliente nuestras obras y viva en nuestras leyes; nosotros creemos que puede salvarse Europa; y perfeccionarse y progresar la sociedad hasta donde es dado á la humana naturaleza, unida estrechamente á esa Iglesia Santa que venció á las tiranías del mundo derramando su sangre; que luchó en la Edad Media por los fueros de los pueblos; y que entonces, y ahora y siempre, atraviesa las edades coronada de gloria ó de espinas, pero conservando intacto el depósito de la fé. No le queda ya á la Iglesia sinó una cruz de madera; pero es la cruz en que murió Jesucristo.

»Despues de lo que he dicho, calificadme como gusteis: á todas las calificaciones, ó á todas las injurias, yo solo responderé que amo el bien de los hombres y la grandeza de mi patria. Llamadme... no lo hareis, pues seria indigno de vosotros; que me llamen pues los que quieran reaccionario, absolutista, neo; todas esas injurias, amontonándolas, no llegarán á mi corazon. ¡Ah! mis buenos Señores, los que me apellidais absolutista y neo: el neo, el absolutista os llama á su vez; dadme una cosa que sea verdad, dadme alguna cosa que sea libertad; porque yo amo á la libertad y á la verdad, como se ama al aire y á la luz. ¡Ah! mis buenas Señores: dad paz á España, unid á sus hijos, salvad á la sociedad amenazada. ¡Ah! mis buenos Señores, ved que en este país, segun tengo observado, cuanto más leyes, hay más corrupcion; cuanto más ensanche en las formas políticas, más desenfreno; cuanto más publicidad, menos vergüenza. Y... nada más, mis buenos Señores, sinó que me deis alguna cosa que sea verdad, alguna cosa que sea libertad.»

El liberalismo no podia dar ni verdad ni libertad: era mentira; y siguió siendo mentira. Apariencias de libertad en la córte por el desenfreno de la prensa y por los gritos de la tribuna: centralizacion sofocante en las provincias para hacer posibles aquellas apariencias: realidad de tiranía en los pueblos vejados por el capricho de los mandarines y oprimidos por el despotismo de los caciques. Cada Gobernador, por punto general, un Procónsul. ¿Cuántas veces se encontró en España justicia contra desmanes de Gobernadores? Y á todo esto el presupuesto siempre en alza, y en baja siempre el pudor; y la idea democrática, como era natural, cundiendo y derramándose por las clases que se llaman *desheredadas*; y que no lo eran (yo lo probaré en otro escrito) en los tiempos del antiguo *absolutismo*; pero que hasta cierto punto lo han sido en los tiempos de la moderna *libertad*.

Aquella nubecilla que se columbraba en el horizonte iba poco á poco estendiéndose por el cielo. Dí tambien la señal de aviso, y el Congreso benignamente sonrió.

Alguna vez herida el alma y con acento casi desesperado, grité: «Rivero viene y yo me voy; pero yo me voy por culpa de los Gobiernos que se sientan en esos bancos. Siento una fuerza que me empuja y me arrastra y me derribará por fin; pero yo caeré abrazado á la antigua bandera y levantándola, porque es la única bandera que puede salvar á mi patria.»

Llegó por fin un dia, y con indecible tristeza dije: «Esto se va, todo esto se va;» pero los Ministros miraban sus carteras y los empleados pensaban en el sueldo que acaban de cobrar.

Por fin desfallecido el ánimo y perdida la espe-

ranza, hablé por última vez en las Córtes del reino
«Encuéntrome en el caso de un hombre que está en vísperas de un viaje muy largo, ó del viaje del cual no se vuelve, y pone en órden sus cosas y cumple fielmente encargos que recibió, y se despide afectuosamente de sus amigos... Al discutirse la contestacion al discurso de la corona, quizás recordareis que dije sencillamente: esto se va, todo esto se va... Y como no tenia nada más importante que decir, me callé... Estaba y estoy ocupado y preocupado en una cosa gravísima; en la contemplacion de cómo esto se va.

Despues levanté dolorosamente la voz y recordé á la Reina Isabel las palabras de Shakespeare: «A Dios, mujer de Yorck, Reina de los tristes destinos.»

La Reina Isabel iba á marchar, y yo la saludaba.

Concluí el discurso diciendo: «Considero que la revolucion está hecha: solo falta que levante su azóte y nos castigue: la carne flaca lo teme, el espíritu sabe que nada podemos perder y tenemos mucho que ganar. Todos pecamos; todos merecemos castigo. Los castigos que Dios envia son los grandes oradores; despier tan á los dormidos; avivan á los despiertos, y obligan por el dolor á todos á levantar sus ojos al cielo... Por lo demás, resueltas esas cuestiones como me temo, os saludo afectuosamente á todos vosotros, mis amigos queridos; me despido sin pesar del mundo polític para el que ciertamente no nací, y si hombre pequeño y humilde me es lícito recordar las grandes palabra de Bossuet, «quiero vivir en adelante, consagrando á la Iglesia Católica Apostólica Romana en cuya fé murieron mis padres y en cuya fé moriré pronto, los restos de este fuego que se extingue y de esta voz que desfallece.»

Salí del Congreso sin llevar en mi alma ni sombra de aversion á ninguna persona: creo tambien que tampoco quedó en el Congreso ódio ninguno contra la mia.

Retiréme á la oscuridad que amaba, á cuidar de mi flaca salud y de mi amada familia que todos los dias há menester de mi modesto trabajo. Todo lo daba por perdido: miraba á las regiones superiores, á las medias, á las ínfimas... humanamente no habia esperanza. Era simplemente una cuestion de tiempo; la revolucion habia de venir, y como tenia anteriormente indicado, la revolucion no pondria ya á discusion el trono de doña Isabel, ni habia de entretenerse en examinar otra segunda base.

No quiero hablar del último ministerio, que tuvo la triste gloria de unir su nombre á la caida del trono de una Reina española.

Los que ayer fueron ministros están hoy en desgracia: la historia los juzgará; pero cumple asentar que yerra quien suponga que aquellos hombres gobernaron con los principios del partido católico.

No es verdad: á ser yo diputado, combatiera las leyes de imprenta y de órden público, que son contra derecho, condenando, sin embargo, entre otras cosas, tolerancios mal entendidas en favor de la idea revolucionaria, y la debilidad que impide acometer grandes reformas para aliviar á los pueblos, y la imprevision que no consiente adelantarse al remedio de los males sociales y al mejoramiento de las clases pobres.

Para impedir la revolucion que se estaba formando abajo, era necesario hacer desde arriba otra revolucion grande, generosa, fecunda.

Sea de esto lo que fuere... ya pasó.

Recuerdo que el 19 de Setiembre llegué á Madrid: llegaba al propio tiempo el grito de Topete. Doña Isabel, dije, ha cesado de reinar.—¿Por qué? me preguntó un amigo.—Porque no hay en España veinte hombres que se echen á la calle gritando: «¡viva la Reina!»

La revolucion se respiraba en el aire: aun estoy asombrado y aturdido al recordar lo que pasó... y lo que está pasando. El pueblo, bueno, pero cosa más ruin y fea que la revolucion de Setiembre no la ha visto el mundo.

En Cádiz se dió un manifiesto en que se hablaba de esposas y de hijas, y no sé de qué más cosas; lo firmaban Serrano, Prim y Topete; el primero, Serrano duque de la Torre.

Yo ví al pueblo de Madrid que se alegraba á la caida de un trono: enfermo que muda de postura. Conocí en las palpitaciones de su corazon que le falta todavía una leccion y un desengaño.

Yo ví las casas de los antiguos Grandes adornadas y alumbradas á la caida del trono; no culpé á los Grandes, porque ya murieron.

Ahora solo se mostraron Grandes los que hizo Grandes la Reina Isabel: Serrano y Prim.

En sus manos puso el pueblo una palanca para levantar todo un mundo; pero, ¿qué habian de hacer ellos de tan gran palanca?

Ved lo que aun siendo pequeños, hubieran podido hacer, si miraran un poco por su gloria. Podian haber estirpado abusos denunciados mil veces, reducir ministerios y provincias y suprimir consejos, castigando el presupuesto para alivio del pueblo; conservar los empleados que debieran sus cargos á probidad y merecimientos; proveer las vacantes en sus mismos partidarios, sinó en los mejores, en los medianos al menos; y ya que proclamaban todas las libertades, comenzar respetando la libertad de la Iglesia Católica.

Ni esto hicieron siquiera los regeneradores de España. A veces me paro á reflexionar y dudo que pueda obrarse peor y más míseramente. Llegaron al *non plus ultra* ¡tristísima gloria!... No fué, no, revolucion la de Setiembre; fué un pronunciamiento contra el presupuesto del Estado.

Un solo hecho pinta su grandeza: se acordó de don Alfonso, niño de once años que era sargento en el ejército español y le dió de baja: ascendió en cambio á subteniente á otro niño, Vizconde del Bruch por gracia de la madre de D. Alfonso.

Sí; la revolucion fué pronunciamiento. Casi todos los antiguos empleados fueron puestos en la calle y en la miseria; una irrupcion de hombres, con méritos ó sin ellos, ocuparon todos sus puestos y pidieron más, y diéronse gracias y grados; el pueblo no pagará menos; la mayor parte de sus libertadores cobrará más.

Para castigo de algunos y para ejemplo de todos pasó entre los hombres que estaban sentados á la mesa del festin un hombre que les miró desdeñosamente: Mendez Nuñez el del Callao. No se sentó ese hombre á la mesa del festin; tampoco se sienta en el Congreso de la España liberal.

Yo no sé qué mal espíritu hubo de tentar á los libertadores para que acometiesen alguna hazaña que hiciera vividero su nombre, y mirando sin duda á la posteridad, disolvieron Conferencias de San Vicente de Paul, culpables solo de hacer bien á los pobres, aunque en nombre de un Dios Crucificado; y expulsaron á jesuitas, que enseñaban á sus propios hijos la virtud y la ciencia; y mientras sueltan á miles de presidiarios que se echan á la calle cantando, groseramente obligan á Señoras que son ángeles á que salgan de sus conventos llorando... ¡Ah, Caballeros, no es muestra de gran valor hacer llorar á mujeres, ni tampoco rasgar leyes sagradas en que vuestro Rios Rosas estampó la firma de España; ni escarnecer, ni permitir que se escarnezca al Vicario de Jesucristo, santo y débil anciano que solo sabe bendecir á los hombres!

Los provisionales cuando espulsaron á los jesuitas, que legalmente tenian establecidos colegios en España, no se olvidaron de apoderarse de sus bienes... Ultimamente uno de ellos en el Congreso se espantaba, porque la democracia habló, no sé en qué términos, de la propiedad. Tenia razon el Ministro, la propiedad es sagrada.

A otro Ministro se le ocurrió por medio del Subsecretario, dar licencia para levantar templos protestantes, á condicion, eso sí, de que se ajustaran á las reglas de la policía urbana.

Todos los Ministros consintieron que derribase la barbarie revolucionaria los templos católicos: imitacion de los vándalos antes de su conversion. Todos los Ministros consintieron que algunos periódicos, lenguas de la revolucion, se mofaran del Sacerdote, no faltando quien negase á Jesucristo. ¡Hasta la Santísima Trinidad en caricatura ha estado espuesta en la Puerta del Sol!

Género satánico y cursi además.

Y mientras se expulsaban monjas y jesuitas y se ansiaba el templo protestante, al que no hemos de asistir, y se asolaban los templos católicos en que oraron nuestros padres; se gritaba alta y sonoramente: ¡viva la tolerancia religiosa! y ¡viva la libertad de asociacion! y ¡vivan todas las libertades!... Y de cuando en cuando decian los que mandan por la paciencia de Dios, que eran católicos, muy católicos, profundamente católicos...

Un dia me levanté y dije en las Córtes: «Repugno tanto las máscaras, que con verlas sobre rostros ajenos, no me parece sinó que las siento sobre el mio, y me dan pena y angustia y casi me ahogan... ¡Afuera máscaras! Traficantes de libertad, revendedores de patriotismo, hipócritas de órden ¡afuera máscaras!... Y vosotros, á quien compadezco más que condeno, los que teneis la desgracia de no creer y sin embargo por miedo á la ley ó al pueblo, aun no bastantemente *ilustrado* decís que sois católicos para herir mejor al catolicismo; católicos singulares que nunca estais al lado del Papa y siempre al lado de Garibaldi y de Mazzini; vosotros que nos apodais de neos, porque estamos enfrente de Mazzini y de Garibaldi y al lado del Papa y de los Obispos de a Iglesia universal; yo os ruego, Señores, que os quiteis

esa máscara; pero si no podeis porque la ley os lo veda, no calumnieis hipócritas, y al menos guardad silencio.»

Esto decia há pocos años. Hoy solo digo, que lo que dicen esos católicos no se puede sufrir.

Yo no pedia á esos hombres que fuesen católicos. Yo les pedia solo que fuesen leales y lógicos y consecuentes...

Con los que errando sin duda, creen que es buena la libertad para el bien y para el mal; con los que levantan el templo protestante, mas al propio tiempo dejan en paz á nuestra Iglesia; con los que establecen la lógia masónica, mas al propio tiempo respetan la casa de las monjas y el colegio de los jesuitas; con tales hombres puedo entenderme, tratar, vivir, y puedo estrechar su mano deplorando su error... pero con esos que por rabia de espíritu ó por capricho torpe de cinismo insolente consienten libertad al mal y oprimen á la Iglesia que es el bien; con esos que matan de hambre al Clero y se empeñan sin embargo en protegerle; con esos que dejan insultar al Papa y aun á Dios, y de cuando en cuando se llaman católicos; con esos... ¡oh Dios mio! no los aborrezco, porque no sé aborrecer; y aun si les viera caidos, acordándome de Jesucristo, les tenderia la mano; pero digo de ellos, y quisiera tener tan gran voz que resonase en los ámbitos del mundo, que con ser tan pequeños, son los grandes culpables de nuestra época; porque sin razon, sin sustancia, sin pretexto han rasgado las entrañas de la Iglesia, pisoteando lo que veneramos, escarneciendo lo que amamos, é hiriendo tan profundamente el corazon del pueblo; que hacen posibles en el siglo XIX los horrores de una guerra más que civil... ¡Oh, tan grave y

tan triste es á mi alma hablar en tales términos, que en este instante en que acabo de dictar las anteriores líneas, dejo caer la cabeza entre mis manos, y me siento agobiado y oprimido. Pero no se pueden borrar: lo escrito, escrito está: esos hombres son los grandes culpables del siglo XIX.

Quisiera buscarles una disculpa: podrá ser que los infelices no sepan lo que hacen de puro turbados, confundidos y fascinados... y no deben saberlo bien, y si llegan á conocerlo algun dia, se han de espantar... Pues si yo, el hombre más templado del mundo y tolerante y despreocupado y buen amigo además de muchísimos liberales y aun de algunos de esos desdichados, no lo puedo sufrir con paciencia, ¿cómo han de tolerarlo los que tengan, ó antiguas preocupaciones, ó agravios recientes, ó carácter más fogoso, ó fé más viva?

A vista de tanto desafuero creí, no sin dolor, que Dios me pediria cuenta, sinó volvia á las filas; aunque inútil soldado. Creí que Dios me pediria cuenta si faltaba á la palabra empeñada, «de consagrar á la Iglesia Católica Apostólica Romana, en cuya fé murieron mis padres, los restos de un fuego que se extingue y de una voz que desfallece.»

Escribí, pues, en periódicos, sabiéndolo Madrid, y por vez primera, me presenté candidato á Córtes... Ultimo desengaño. Imaginaba yo que se usarian las antiguas artes, quizás perfeccionadas, con lo cual lograrian los libertadores mayoría, á pesar de que la inmensa de los españoles es Católica, Apostólica, Romana. Me engañé. Lo que pasó en varias provincias no quiero recordarlo; pero cuando supe que hasta la justicia de los tribunales se equivocaba, tomando sin duda á los

apaleados por apaleadores, parecióme que no podia calificarse ya como cosa de buen gusto tomar parte ninguna en el poco divertido y peligrosísimo juego.

Faltaban solo dos ó tres dias para la eleccion, cuando llegaron á nuestra noticia esas equivocaciones de la justicia humana en Toledo; y yo hice cuanto pude, y sábenlo mis amigos, para que el partido español que se habia ya retirado en muchos distritos, se retirase en todos, presentando una gran protesta.

Entendí y entiendo que el silencio absoluto de la España católica en las Córtes es la contestacion más elocuente que puede darse á los discursos progresistas y democráticos que han de sonar en la que fué casa del Espíritu Santo.

Sobrevinieron circunstancias que no necesito referir, y emprendí mi viaje á París y hoy escribo bajo un cielo extranjero; hermoso, pero triste: porque no es el cielo de mi patria.

Salí de Madrid, volaba el tren y todo me parecia un sueño.

Yo, á quien la diputacion habia arrancado con dolor del rincon de su casa en Valencia y traido al Congreso; yo que aproveché la primera ocasion decente para volver al amado escondrijo; yo que decia con alguna afectacion, pero con sinceridad completa, y sigo diciendo, que no quiero ser ni ministro siquiera; dejaba mi casa, y mis negocios, y me ausentaba de mi familia, y corria de Madrid á París en busca de un Rey.

Cumplia mi deber conforme mi conciencia; y aun conforme á las mismas leyes revolucionarias de mi país estaba en mi derecho ; que tengo mi partecilla de soberanía correspondiente , y tanta como pueda tener mi antiguo amigo el conde de Reus, Marqués de los Castillejos, y Grande de España.

Pasé el Vidasoa; me dejé la mitad de mi alma, toda mi alma en España.

A poco se fué, digámoslo así, hundiendo mi espíritu en tristeza indecible, y me entregué á melancólicas, bien que vulgares reflexiones.

Los hombres saben mucho: por medio del vapor y de la electricidad hacen casi milagros; lo que no saben es dilatar algunos instantes esta breve y mísera vida. ¡Vaya en gracia! pasamos, cansados viajeros, por un camino malo y corto, y lo pasamos, no ayudándonos y consolándonos; sinó disputando y riñendo. Bien decia Pascal; el pecado original es un misterio que esplica todos los misterios. No lo comprendo bien; pero sin él no comprenderia, ni la historia del mundo, ni las espantables contradicciones, ni las miserias infinitas del pobre corazon humano.

Pues, señor, los hombres saben mucho; pero cuando han llegado á la cumbre altísima de la inteligencia y de la luz, si es que han aprovechado su tiempo, llegan á saber... lo que un pobre pastor en el rincon de su cabaña: que para ser un hombre, ó pueblo libre y verdaderamente feliz, debe creer en Dios y observar sus mandamientos.

Ahí teneis una gran Constitucion, los mandamientos de la ley de Dios... Esta es la Constitucion moral de la sociedad hnmana. ¿Cuál será la mejor Constitucion política? La que mejor asegure el cumplimiento de aquella Constitucion moral.

Esto es vulgar, dirán mis amigos los liberales: yo lo creo: no hay cosa más vulgar que las grandes verdades. Mas ya que ellos son un poco paganos, me cumple citarles la gran autoridad de un gran pagano. Homero nos pinta al mundo sujeto al cielo por una cadena de oro; lo que hay es que la revolucion quiere romper esa cadena para ver, sin duda, mas mundos, no considerando que perdido el centro de gravedad, este en que vivimos, caerá como Satanás en el abismo.

Pues que nombré á Satanás, recuerdo que el infer-

nal revolucionario decia á nuestros padres en el Paraiso: «sereis como Dioses,» y además «*non serviam...*» De aquí la lucha jigantesca del mal contra el bien.

El hombre quiere ser Rey, Pontífice, Dios.

Pienso en este momento en algunos desdichados amigos mios, cuyo nombre no diré; y fantaseo que les tengo delante, y les hablo: «Sé, amigos mios, que teneis la desgracia de no creer en Jesucristo-Dios: me lo habeis confesado.

Sé, amigos mios, que á semejanza de su madre la revolucion francesa del 93, tiene la revolucion española formal empeño en destruir la Iglesia Católica: tambien me lo habeis confesado.»

¿Y á quién puede caber duda de que esta revolucion es anticristiana? ¿Quién no lo sabe? No digo yoque entre los revolucionarios no haya cristianos; los hay y gratamente lo reconozco, pero están heridos de ceguedad lastimosa; mas los capitanes de la revolucion y el espíritu de esa revolucion, en España y Europa niega á Jesucristo-Dios, y arde por destruir la Iglesia, atacando en Pio IX, que es Rey y Papa, á la humana realeza y á la fé divina.»

La revolucion, segun la frase infame del infame Voltaire, quiere aplastar á Jesucristo-Dios, porque quiere ser libre; y se sentirá libre, cuando pueda echar al arroyo todos sus mandamientos que son leyes, y dormir sin el temor de que á la otra parte del sepulcro ha de encontrar un Juez inexorable.

¡Pero no podrá dormir, no podrá dormir!!!..... un remordimiento incorruptible le desvelará de cuando en cuando, y de cuando en cuando tendrá miedo.

Ese miedo engendra en la revolucion una extraña enfermedad que se llama: «rabia de espíritu.»

Esa rabia de espíritu precipitaba á los hombres del 93 á asolar templos y degollar Sacerdotes. Yo descubro los síntomas de esa rabia en muchos de nuestros hombres: he saludado en las calles de Madrid á algun pequeño Marat, y tocado la mano de algun contrahechon Danton... El mundo sabe ya que el hombre, cuando reniega de Dios, es una fiera que gusta mucho de la sangre.

¡Válgame el cielo! ¿Y qué dirán algunos liberales si llegan á leer estas líneas que escribo? Posible es que en el diccionario de nuestra lengua, con ser tan rica, no encuentren frases á su gusto para la injuria y el desprecio... No importa; pero lo que digo es cierto... como es cierto que la libertad de las pasiones es la servidumbre de la virtud.

¡Qué ceguedad, Dios mio! Pero la mayor parte, casi todos los descarriados son ciegos y estàn enfermos; y más que ira, merecen por tanto misericordia.

Venid acá, desdichados; ¿no considerais que el dia en que se debilitase ó extinguiese la fé en el pecho de los españoles seria España un cáos y un infierno?

Si dejamos de creer en Jesucristo-Dios, claro está que no hemos de buscar otro Dios, y nos quedamos sin Dios. Y entonces, ¿qué es el hombre? ¿Hay nada más ruin y más miserable que el hombre? ¿Y qué es la sociedad sinó un revuelto conjunto de séres, cuyas pasiones desordenadas luchan y se embravecen y se despedazan y ensangrientan? ¿Qué moral quedará en el mundo sinó el placer, ni qué derecho sinó la fuerza?

Paréceme imposible que un hombre que no cree, tenga valor para llamarse liberal... Los verdaderos liberales somos nosotros, que cremos que Dios, el gran Rey, en nuestro padre, y pasamos por el mundo, novi-

ciado del cielo, para llegar al cielo, donde nos espera una corona...

Estas y otras cosas revolvia en mi mente, y resolví escribirlas, aunque sonaran á sermon... ¡Cómo ha de ser! Los tiempos, en que vivimos sobre todo encarecimiento son ignorantísimos, y deben saber los liberales que no solo dice Donoso, sinó afirma Proudhon, que en el fondo de toda cuestion política hay una cuestion religiosa.

En las Córtes del reino dije á este propósito lo que todos los católicos, y aun los hombres que tengan la desgracia de no serlo, pero la dicha de conservar el sentido moral, encontrarán indudable: «no hay remedio; si siguen creciendo las ideas perversas y perturbadoras, entibiando entre nosotros el sentimiento católico. extinguiéndole en muchos, no hay remedio, despedíos del órden y de la libertad, resignaos á una anarquía espantosa y á un espantoso despotismo.

»Dios, digámoslo así, ha abandonado el mundo político á los hombres; pero se ha reservado el social. Las formas de gobierno se han determinado por accidentes humanos. Los hombres han podido y podrán vivir libre y dignamente bajo cualquier forma de gobierno; pero á condicion de ajustarse á las leyes que Dios ha dado al mundo moral, á condicion de ser profundamente religiosos. Dios ha querido que la libertad civil, la política, todo linaje de libertades nazca, como de su fuente, de la libertad moral; es decir, del dominio de la razon, apoyada en Dios, sobre las pasiones que tienden á esclavizarla.

»Si el pueblo español es verdaderamente católico, sin necesidad de Constituciones será libre; pero si es descreido, y en él cunde el libertinaje de espíritu, que

desprecia la autoridad, y crece el desenfrenado apetito de los goces de la materia, en este caso perdeis vuestro tiempo. ¡Oh, filósofos! ¡Oh, legisladores! Me rio de vuestras leyes: podreis *hacer* leyes, pero no podreis *hacer* costumbres; y sin costumbres, ¿no son vanas las leyes? Y sin leyes, ¿no es imposible la libertad?»

¡Nada, la cadena de oro, la cadena de oro del gran poeta! Si la rompeis, el mundo se precipita en el cáos; pero si el mundo pende del cielo, gira en torno de él alumbrado con los rayos del sol divino.

Hablo con los que tienen la buena dicha de creer en Jesucristo-Dios, y les ruego consideren si me pongo en punto de razon ó exagero por ventura.

Dios, que creó esos cielos, creó tambien al hombre, más grande que esos cielos, porque puede conocerle.

Hombre y mujer, dos en una carne, perfecta sociedad: él, autoridad; ella, ayuda y consejo; los hijos, obediencia. Muchas familias forman la gran familia, la gran sociedad.

Dios autor del mundo material lo es del mundo moral. Dió leyes á aquel que sin conocer, obedece: dió leyes á este que conociéndolas, debe obedecer.

Todo lo que es necesario para que viva la sociedad y se perfeccione conforme á las miras divinas, viene de Dios. De Dios viene pues la autoridad. El mundo se ha regido siempre por dos fuerzas; ó por la autoridad que llamo fuerza moral, ó por la fuerza material que se llama el sable ó el palo.

En el primer caso la sociedad es libre y digna: en el segundo, envilecida y esclava.

Eso de las formas de gobierno, deben ser cosas de órden muy inferior, pues que Dios las entregó á la disputa de los hombres.

No nos dijo Jesucristo que viviéramos en monarquía ó en república; lo que nos dijo es que fuésemos humildes, castos, caritativos.

Recuerdo á este propósito que cuando jóven leí la Constitucion de Cádiz y fijé la atencion en aquel candoroso artículo que dice: «Todos los españoles están obligados á ser justos y benéficos.» Perfectamente; que me hagan bueno el artículo y paso la Constitucion.

¡Gran cosa es un Rey cristiano, padre de un pueblo! Rodeado de sus hijos más virtuosos y sábios gobierna lo sociedad. ¡Dichosa sociedad! Gran cosa es un pueblo en que los jóvenes se ponen en pié al pasar un anciano, y jóvenes y ancianos oyen con respeto la voz de los más esperimentados y honrados entre ellos, y descubren todos su cabeza delante del Sacerdote! Digo que en ese pueblo puede haber república, y me holgara de que existiera ese pueblo dentro de España para ser republicano.

Muchas cosas se han visto en el mundo, pero no se ha visto ni se verá que exista libertad en un pueblo en que no exista profundo respeto á la autoridad. Por eso he dicho mil veces que la España liberal está condenada á dictadura ó á tiranía: los que amen la libertad que se despidan de ella, que no hay libertad para *España liberal*.

Observad las Provincias Vascongadas: los pueblos son libres, porque hay sanas costumbres, y hay sanas costumbres, porque hay profundo espíritu religioso. Esas provincias en lo antiguo se hubieran regido como república, á no ser por la vecindad de pueblos rivales y poderosos; lo cual les obligaba á buscar Señor que les protegiera, más que les mandara.

Esto de las formas de gobierno, repito, depende de

mil causas y accidentes; mas, creedme, cuando una forma de gobierno dura por siglos en un país, es que su cielo y su tierra la aman, y no consienten otra.

España, desde que es España, es monarquia: en un principio, como casi todas, electiva; despues, como todas, hereditaria.

Quince siglos han pasado por España gritando ¡Viva el Rey! y ahora la muchedumbre, si ha despedido á una Reina, no ha osado derrocar el trono.

Ahí teneis el trono vacío, y es maravilla ¡que esté en pié, guardándole monárquicos tales como Serrano y Lorenzana, Olózaga y Sagasta: hasta Martos y Rivero ¡qué risa! se han hecho monárquicos!

Fué la antigua España un compuesto de diversos reinos, que en la sucesion de los siglos suministran ejemplos para todo. ¿Conoceis la coronilla de Aragon, una de las coronas más gloriosas del mundo? Pues don Jaime I, legislador indígena, como Alfonso X, fué traductor inmortal, dió tan libre Constitucion á sus pueblos, que si esa Constitucion resucitará, no se podria vivir; pero entonces se vivió; porque los defectos del órden civil ó político los sanaba el espíritu religioso; y junto al palacio de la diputacion se alzaba el convento que daba sus abades á las Córtes del reino.

Contemplando el conjunto de los de España en la larga sucesion de los siglos, es cierto que el pueblo español anduvo siempre detrás de una cruz y de un Rey, y es cierto que este Rey anduvo siempre acompañado de los Concilios de Toledo, de lás Córtes ó Consejos de Castilla y de las franquícias y fueros de Aragon.

En España, más que en ningun pais del muudo, se puede decir con verdad, que la libertad es antigua y el despotísmo moderno.

No hubo más sino que hácia el siglo XVI, así en España como en toda Europa, el poder se reconcentró, y las libertades de los pueblos menguaron por una razon potísima; porque comenzó la inmensa batalla entre el protestantismo y la Iglesia Católica, y en tiempo de grandes guerras es cuando se declara á las naciones en estado de sitio.

La monarquía española, por lo demás, bajo los reyes de Austria fué grandemente popular. Estoy por decir que el Rey tenia hecha tácita alianza con el pueblo, y Rey y pueblo apartaban más de lo conveniente de la gobernacion del Estado, á la nobleza de Aragon y de Castilla.

El pueblo español fué el pueblo más Rey que hubo en el mundo; y en tanto que en Inglaterra para subir á cualquier dignidad, y hasta para llevar la bandera de un regimiento, era necesario ser noble; en España, los hijos de los mendigos llegaban á ser Generales, á ser Prelados, á ser Consejeros, á ser Ministros.

La golilla, esto es, el derecho hollaba á la fuerza, esto es, á la espada: nuestro siglo liberal dió un puntapié al derecho, y nombró á la espada, perpétuo presidente de los consejos de la corona.

Se necesita un libro, y pienso escribirlo, para probar que jamás tierra alguna debajo del sol se mostró más favorable á los pequeños y á los pobres que esta España, y que jamás se alzó pueblo tan grande como este de España.

Yo califico de tiempos de grande decadencia, y hasta de ignominia, los tiempos de María Luisa y de Godoy; pero miente quien diga que el pueblo español no se conservaba sano y entero, y fué tan grande como pueblo, como era grande Napoleon como hombre.

No niego, ¡y cómo he de negarlo! los defectos de la antigua organizacion política; más quiero parecerme á los buenos hijos de Noé que cubrian piadosamente la desnudez de su padre. De reformas necesitaba España y de grandes reformas; y aun prescindiendo de los discípulos secretos de Ferney, muchos españoles castizos las deseaban en tiempos de Cárlos IV. Despues, en las Córtes del 12, hasta los mismos llamados *persas* estimaban conveniente acordarse de las antiguas leyes de España, que podian ser dique á los abusos del poder; porque claro es que debajo del cielo anda y andará siempre mezclado el bien con el mal; y hasta instituciones que son santas, en la parte que tienen humana, y toca á tierra, pueden corromperse; por donde, si alguno me encontrase sobre los medios conocidos para evitar abusos, otro que fuera eficaz, yo le creeria digno de alabanza. ¡Ojalá pudiera ponerse á los hombres en la dichosa imposibilidad de pecar!; pero esto acontecerá solo en el cielo, porque en el cielo se ve á Dios.

Estuvo el negro daño en que Francia, corazon de Europa, se pervirtió con las declamacíones calenturientas de Rosseau y con las risas sacrílegas de Voltaire, y una revolucion sin ejemplo, que yo llamé invasin odel infierno en el mundo, no se contentó con pedir estirpacion de abusos existentes, sino que aspiró á emancipar al hombre de toda autoridad divina y humana.

Para ello anegó en sangre á Francia, y derribó á Jesucristo del altar y puso en el altar á la diosa Razon... Pero esa diosa no era más que una prostituta.

No hay que negarlo: no somos los españoles discípulos de la escuela inglesa, cuya Carta Magna fué obra de Obispos católicos, y su revolucion bajo Cromwell religiosa; no somos discípulos de la escuela in-

glesa que ama la aristocracia con mayorazgo, el episcopado opulento y las viejas tradiciones: nosotros somos hijos ¡oh dolor! de la escuela francesa que renegó de su Dios y de la gloria de sus padres, y tembló ante Robespierre, y se postró muda á los piés de Napoleon.

Nadie lo niegue; porque hoy no es lícito dudarlo: la revolucion española, hija de la francesa, es tan impía como su madre.

El liberalismo, que es una secta y no una forma, tiende á proclamar la razon humana emancipada de la razon divina.

El liberalismo ha arrojado por completo la máscara y nos ha enseñado el rostro de Satanás, con su aparente belleza; pero con la cicatriz horrible que dejó en su frente el rayo de Dios.

Lo que hay es que esa secta impía, como es de suyo cautelosa y astuta, mientras secretamente se mostraba en toda su desnudez á algunos españoles predilectos, se acercaba á muchísimos, á casi todos, pérfidamente disfrazada, y les hablaba á veces compungidamente de religion, y se dolia de sus males compasiva, y les mostraba el remedio en el restablecimiento de las antiguas leyes fundamentales.

Y engañó á muchísimos, y den gracias á Dios los que no fueron engañados, porque en alguna cosa tenia razon, y yo lo confieso en alta voz y lo he dicho á España desde altísimo sitio.

El gobierno de Cárlos IV no era un modelo...

La mayoría de las Córtes de Cádiz, algunos con ánimo avieso y casi todos cándido, fueron más allá de lo que se podia ir: hombres niños que imaginan que con escribir una Constitucion en el papel, ya está constituido un pueblo, y no está más que escrito un

papel que cualquiera rasga. A la sombra de aquella Constitucion, la impiedad asomó su rostro, y el pueblo se espantó y se indignó, presintiendo que las ideas francesas ganaban á sus legisladores, en tanto que él, desangrándose, rompia con sus manos las bayonetas francesas... Y cayó el hombre del siglo, y triunfó el pueblo del siglo, y volvió el rey deseado y rasgó el papel.

El papel era malo; pero algo habia que hacer, mejorar, restaurar, estableciendo un órden de cosas que impidiese ó dificultase al menos, vergüenzas de Godoy, y torpezas de Bayona. Y no era necesario salir de España en busca de doctrinas, hijas de malos padres; que en nuestra casa teniamos grandes maestros á quien seguir, y grandes ejemplos que imitar.

La Providencia brindó á Fernando VII con magnífica ocasion para ser un gran rey; pero Fernando VII no lo fué. Y vino la locura antipatriótica é impia de 1820, y perdimos á América y fuimos escándalo de la Europa.

Y cual la accion, tal fué la reaccion; no quiero hablar de estas desdichas.

Fernando VII ó no quiso ó no pudo (difícil y peligroso era en aquel tiempo) restablecer antiguas leyes fundamentales del reino acomodándolas á exigencias razonables del presente, pero se le ocurrió tratar de derogar (de hecho no derogó) una ley fundamental, y entregó á una niña el cetro de España, sin pensar que entregaba á España en brazos de la Revolucion.

El manifiesto de Cea Bermudez adormeciendo á muchos; la por muchos creida legitimidad de la Reina; el liberalismo apoderado de todas las fuerzas y recursos del país, y ¡oh mengua! hasta el material apoyo de ba-

yonetas estranjeras impidieron el triunfo de los carlistas que bajo el mando de bizarros caudillos dieron muestras de valor indomable y constancia invencible.

Y sepa el mundo que su bandera no cayó vencida, sino vendida en los campos de Vergara.

Triunfó la revolucion..... ya conoceis, españoles, sus obras; ya sabeis si nos ha hecho felices.

Esa revolucion ha sido fecunda para el mal, porque solo fué castigo; y porque solo fué castigo, Dios la condenó á esterilidad oprobiosa para el bien.

Solo una cosa tuvo grande... la codicia: de todo se apoderó y todo lo devoró; bienes de conventos, y de iglesias y de hospitales y de pueblos.

Y con haberlo devorado todo, si en el año 33 debíamos cinco mil millones, debemos hoy veinticinco mil.

No está ya, como decia Mirabeau, la asquerosa bancarota á las puertas de casa; que está dentro de casa.

Pero hay otra bancarota más funesta, la bancarota de las costumbres y la bancarota de la autoridad: que el parlamentarismo, enfermedad galicana, nos ha corrompido; y no sé yo que en España se respete á nada ni á nadie, á no ser al látigo de Prím, ó á los cañones de Caballero de Rodas.

Juzgad el estado de España por lo que pasó y está pasando en estos dias: se despidió á una señora como á una sirvienta infiel; se derribó templos católicos y abrió templos protestantes; se hizo llorar á mujeres santas y hasta al mismo Dios de nuestros padres se ha puesto en caricatura. Y aquí se afanan algunos para darnos por rey á Montpensier, ese francés ingrato; y allá se grita ¡viva la república! y acullá asoma su faz el socialismo y España asustada y escandalizada levanta los ojos, y

ve en la cúspide del poder á Prim, Serrano y Topete.

Comienza el principio del fin, y vamos á conocer la última consecuencia del liberalismo galicano... ¡Oh siglo de la luz, tú verás á los españoles vagar despedazándose entre tinieblas visibles como los condenados del Dante!...

Pero un pueblo no muere; España no puede morir: recordando palabras de Chateaubriand, no creeré jamás que escribo sobre el sepulcro de España. He consultado á oráculos que no mienten, y la que en todos tiempos ha sido predilecta de Dios y brazo derecho de la Cristiandad... no morirá.

Pero despues de la gran confusion ¿quién pondrá órden en España? Despues de la gran desolacion, ¿quién reunirá en España todos sus elementos conservadores, y le dará gobierno estable y ansiada paz y libertad verdadera?

Llegaba á París con el corazon apretado y temeroso... ¡Si será Don Cárlos el Rey que necesita España!

Habia yo dicho en las Córtes: «Se espera al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si antes ó despues de la revolucion; pero se sabe que vendrá...» ¡Si será Don Cárlos ese hombre!

Muchos en Madrid me habian hablado de él: convenian en que era cristiano y caballero; algunos ya le ponian sobre las nubes como gran Rey, pero fio poco de esos entusiastas de grandezas futuras; suponian otros que siendo bueno de suyo, no era bastante en tiempos tan turbados para la gobernacion de tan dividida y revuelta sociedad; pero tampoco podia fiar mucho de los que eran por ventura ecos inconscientes de la revolucion ó pesimistas mal humorados.

Ello es cierto que el espíritu dudoso sentia zozobra y temia... la raza de los Reyes está asaz decaida: parecen heridos casi todos de ceguedad incurable; no comprenden el tiempo en que viven, y menos que en este tiempo es muy cuitado oficio el de reinar, y deben los que reinan ser santos ó parecer santos á los ojos del pueblo.

Ayer celebraba su exposicion París y Roma su centenar; ostentaba la gran ciudad las maravíllas de la materia; recordaba la Ciudad Eterna las grandezas del espíritu. Los Príncipes de Europa acudieron á París y olvidaron á Roma... No condeno que codiciasen admirar las obras de los hombres; pero antes debieron contemplar de rodillas la obra de Dios... ¡Y á fe que algunos de esos Príncipes dejaron buena memoria de su majestad y gravedad en la ciudad sibarítica de Dumas y de Paul de Cock!

Llegamos, por fin, á la Babilonia moderna, y eché pié á tierra, siempre pensando: «¿Si será D. Cárlos el hombre?»

Vivia en aquella sazon de cosas en Paris un grande amigo mio, ligado con vínculos de gratitud á doña Isabel de Borbon, á quien él no dejaria si todo el mundo dejase; hombre que fué una de las encumbradas eminencias del antiguo partido moderado; varon ilustre á quien un dia saludé en las Córtes diciendo: «Gracias, Señor, porque si son raros los grandes talentos, son más raros todavía los grandes caractéres.»

Dias atrás habia yo leido en Madrid una carta de este amigo, en que sustancialmente expresaba que no conocia al jóven; pero, segun sus noticias, valia como particular mucho más de lo que podria valer como Rey... Tan pronto como llegué, fuí á buscarle, y él, al punto en que me vió, abrióme los brazos; más sin antes pronunciar ni una palabra de cumplido ó afecto, prorrumpió en las siguientes: «Tengo que rectificar, amigo mio; conozco al jóven y le conozco bien, y *vale mucho.*»

Como una madre siente alegría secreta en el corazon al oir las alabanzas de su hijo, así yo al saber la opinion de persona tan leal y desinteresada, tan

recta y entendida. Y era natural mi gozo, puesto que en el oscuro horizonte de mi patria vislumbraba una esperanza...

He visto ya al jóven, le he conocido, le he tratado por largos dias, y yo que nada sé en el mundo, si no sé lo que es el corazon humano; me atrevo á saludar en D. Cárlos de Borbon y de Este á la esperanza de España.

¿Será esta opinion hija de mi pasion monárquica, y mi viejo realismo se habrá encantado á la vista de un nuevo Rey? ¡Ah! no, de esto sí que tengo seguridad absoluta; y sábenlo mis amigos y debe saberlo España; porque desde lo alto de la tribuna se lo dije, y si es que se ha puesto por ventura en olvido, yo lo recordaré dando á mis futuros adversarios, un gran argumento para que hagan algun dia sospechosa mi fidelidad ante el Monarca futuro. Yo decia en las Córtes del reino: «defensor de la grandeza soy, pero de aquellos que no han pisado los salones aristocráticos y jamás han asistido á ninguno de sus festines; y, ¿por qué no he de decirlo? si fuera posible que un hombre escogiera diversa patria de aquella en que nació, sobre todo llamándose esta patria España; si eso fuera posible y me viera forzado á elegir patria distinta de la amadísima en que ví la luz, yo elegiria un rincon oscuro de Suiza; porque real y verdaderamente ¿por qué no he de decirlo tambien? mi carne y mis huesos en cierto sentido son democráticos, y humilde y pobre, solo me siento bien hallado entre los pobres y los humildes...»

Y esta es la verdad... Aun no me esplico bien el fenómeno singular que desde que tengo uso de razon, estoy en mí propio notando; porque nací y crecí entre

liberales y nunca fuí liberal; defendí constante y lealmente la monarquía y nunca este pobre corazon mio fué... ¡válgame Dios! Quisiera yo vivir en pueblo que gobernase un Consejo de ancianos. Libre como los vientos en el mar, coloco en la soledad de mi altivez el árbol de mi familia sobre el arca de Noé, y en caso extremo, lo planto en medio del Paraiso... y ya sabeis lo que resulta: todos somos hermanos y todos de alta raza é hijos de gran Rey. Seth fué hijo de Adan, que lo fué de Dios.

Pero vivimos en este mundo sublunar, y de muchas familias, sociedades pequeñas, fórmase una grande que se llama pueblo, en contacto ó en relaciones con otros pueblos; y en estos pueblos, hay fuertes y débiles, discretos y tontos, instruidos é ignorantes, buenos y malos, y están por ello necesitados de una Autoridad, cuyo principal oficio consiste en amparar á los débiles contra los fuertes, y en defender á los buenos contra los malos, afianzando el derecho de todos; lo cual se logra con procurar el cumplimiento de la obligacion social en todos. Pues como yo creí desde mis primeros años y sigo creyendo, que la monarquía por punto general y especialísimamente en España, es el gobierno más natural, fuerte y benigno; por eso cabalmente, amando al pueblo y siendo pueblo, defiendo á la monarquía y busco un Rey. Y ya dije, si mal no recuerdo, que me asiste derecho á buscarlo segun las leyes revolucionarias de mi país: tanto derecho como al Almirante Topete ó al General Prim; que no soy yo menos Soberano que esos Señores... Y lo he buscado y en mi conciencia lo encontré y revelo al pueblo español que en una casa modesta de Chauveau Lagarde tiene su Rey

Imaginad un hombre que sienta exagerada repugnancia hácia el lujo insolente y la pompa ceremoniosa, por lo cual, y por la rareza de su condicion, esquive concurrir á festines opíparos y á brillantes reuniones. Supongo que ese hombre no se encuentra á gusto sino en su condicion oscura, casi arrimada á la pobreza, viviendo parcamente entre pocos y buenos amigos; y aseguro sin embargo, que ese hombre asistiria á las reuniones de Chauveau Lagarde y siempre le parecerian breves las largas horas que en ellas pasara. Todo es ejemplar en aquella casa: sobria la comida, modesto el vestir, cordial y sencillísimo el trato. Parece que se respira el ambiente de la virtud antigua bajo aquel amable techo... Esto semeja un poco á poesía, lo conozco; pero lo que á mí pasaba, pasaba á todos. que solíamos decir al dejar la casa: si fuese posible que viviesen en Madrid como particulares don Cárlos y doña Margarita, y Madrid les conociese como nosotros; Madrid por amor de ellos se haria carlista. Yo no conozco corazon más noble y más sano que el de D. Cárlos: en largas horas de conversacion pacífica ó arrebatada, he procurado muchas veces herir sus fibras: siempre despiden grandes sonidos. Vive en París, donde el placer por todas partes solicita el corazon de la juventud, y pasa trabajando el dia entero y al lado de la amadísima esposa las veladas largas de la noche. ¿Qué pasion ó qué pensamiento domina á ese jóven? Le domina el pensamiento de España y le agita algun sueño de gloria.

Si dijera que es un sábio, mentiria; pero observé que su entendimiento es claro y su criterio seguro. Le he oido observaciones que me parecieron, no ya atinadas; sinó profundas, y he advertido, que cuando delan-

te de él se encarecen altos hechos ó se citan frases sublimes, el hecho y la frase le parecen naturales; como si tuviese el entendimiento y el corazon al nivel de toda grandeza. Consiste el principal atractivo del Príncipe en que une al candor de la juventud, cierta reserva mas propia de los años maduros; y parece hermanar la docilidad que pide consejo, con la entereza que afirma resoluciones inquebrantables. Cuando se inclina, digámoslo así, y habla en la expansion de su alma, el jóven bueno y candoroso se hace querer; cuando yergue la frente y agita la cabeza, resalta el Rey é infunde respeto.

Quiero ser imparcial y me saltea el escrúpulo de si estaré, pintando *con amor*, como dicen los italianos... Sospecho que sí y me apresuro á revelarlo á mis lectores para que se precavan, si bien les parece. El afecto no es imparcial, y yo les confieso que he cobrado á los jóvenes esposos un afecto grandísimo; pero confiésenme ellos á su vez que para cobrar ese afecto, he debido ver y admirar en los Príncipes prendas esclarecidas... ¿Y quién duda que las tienen? ¡Ah! sí el noble natural de D. Cárlos no se tuerce ¡Dios no lo permita! segun confesion de un ilustre moderado, será el Rey más popular y más amado que haya tenido Espana. Espero en Dios que no se torcerá. Pueden sernos fiadores la cristiana educacion que recibió, y aquella sanidad de corazon, y aquella madurez de juicio que en él felizmente se adunan, y las oraciones de su piadosa madre y el constante ejemplo de su dulce, tiernísima y virtuosísima esposa.

Doña Margarita de Borbon es un encanto. La he contemplado junto á la cuna de su hija, ocupada en domésticas labores como Isabel la Católica. En aquella

cuna y en su marido tiene todo su mundo. ¡Qué sencilla en su trato! ¡Cuán buena para los pobres! ¡Qué hermana de caridad para los enfermos! Bien lo supo el anciano Arévalo poco antes de morir, y la bendijo... Cuando habla esa mujer se la ve el corazon y nada hay más hermoso en el mundo: cuando habla, no quisiéramos que acabase de hablar; porque hay en esa mujer una cosa rara, muy rara... y es que tiene un ingenio peregrino; pero ella no lo sabe. ¡Dichoso el hombre que la llama su esposa! ¡Dichoso el pueblo que la salude su Reina!

Volviendo á D. Cárlos, si yo refiriese las confesiones ingénuas que recogí de sus lábios en varias noches y por largas horas, confesiones hasta de pensamientos infantiles, acaso lo que escribiese pareceria á mis lectores una novela. Algo diré con todo, que haga conocer al hombre y adivinar al Rey.

Era muy niño D. Cárlos cuando su buena y santa madre, por razones que juzgaria fundadas, extremó sus esfuerzos para divorciar de España, digámoslo así, el corazon de su hijo y darlo entero á Italia; y era cosa amable y donosa oir de lábios del Príncipe la sabrosísima relacion de las artes que usaron, así él como su hermano D. Alfonso, para burlar inocentemente los propósitos de la madre y ver á españoles, y saber cosas recientes de España, y procurarse el conocimiento de las antiguas en las viejas crónicas de Aragon y de Castilla. A los quince años ya escribió sobre el Cid Campeador y sobre D. Jaime de Aragon, sus héroes predilectos; dejó su obrilla en Gratz y ofreció pedirla para que yo la leyese, advirtiéndome que estaba mal escrita, lo cual, con perdon de S. M., es muy posible; mas lo que tengo por cierto es, que D. Cárlos, que en lo

gallardo del continente y en la robustez de las fuerzas debe asemejarse al triunfador aragonés, resplandece con todas las prendas que hicieron de los héroes españoles los primeros caballeros del mundo.

A tal punto llegó el empeño de la madre, con el deseo del bien imaginado del hijo, que le obligó á tener confesor italiano y no español; pero el jóven de 16 años buscaba furtivamente al español y se postraba á los piés del italiano para confesar: «que no queria confesarse con él, bien que se lo decia bajo sigilo de sacramento.»

Dudo si debiera escribir tales cosas; más cuando fijo la atencion en ellas y considero la obstinada voluntad de que necesitó recientemente D. Cárlos para resistir á la de toda su familia, exceptuando la Princesa de Beira, y venirse á París por estar más cerca de nosotros; y cuando hoy le veo pasar dias y noches ocupado y preocupado en las cosas de España; hoy, como ayer y como siempre viviendo en su corazon y en su espíritu el amor y, digámoslo así, la manía española, me doy con invencible fuerza á pensar y á creer, que ese jóven está predestinado por Dios para ser el Rey amado de España.

Posible es que le halague el brillo de una corona, y le disculpo tratándose de la corona de Cárlos V; pero lo que él me ha confesado y yo he comprendido, es que le agita y seduce la gloria de los héroes. Un hombre que lo es, y de los más valerosos que hayan existido en tierra de España, el noble conde de Morella, me decia: «Le conozco; tiene un corazon intrépido; quizás es arrojado en demasía, si se le dice que hay que echarse en un estanque, ya está en él de cabeza.»

Es de admirar en ocasiones la hervorosa impaciencia de Don Cárlos: arde al oir que España padece; se

agita ñ la idea de que algunos ó muchos le imploren como salvador: le mata el pensamiento de que un solo español imagine que es avaro de su sangre. Parécele natural el «qu'il mourut» de Corneille.

En un arranque le oí estas palabras que califico casi de sublimes: «Si muero, mejor; ya dije á Margarita que no llorase: mi hermano recogerá la corona tinta en mi sangre: valdrá más....»

Pero cuando se le ataja en su entusiasmo y se le advierte que no se trata de morir, ni de ser Capitan insigne; sinó de asegurar, con el favor de Dios y el amor de los pueblos el triunfo de la causa y salvar España y ser un gran Rey; párase entonces á reflexionar y mengua el hervor, y la calma prevalece y habla por fin, no como aspirante á héroe, sino como hombre de gobierno.

Firmísimamente cree que la ley fundamental le llama al trono, y sobre esto no consiente duda; mas observé con gusto que considera su derecho como una obligacion. «Quisiera yo, me dijo, haber nacido en otra clase para ser General de caballería; mas puesto que nací Rey, tengo obligacion de salvar á España ó de morir por ella.»

Y añadió en un arranque: «Daria la mitad de mi vida por pasar una revista al ejército español. Se ha pronunciado más de una vez y es cosa triste, pero se ha pronunciado porque no tenia Rey. El soldado español es el más sufrido y valiente del mundo.» Y con este motivo recordó la guerra civil y la gloria de los caudillos de uno y otro campo, y despues la guerra de África y la hazaña del Callao. Tiene ventajosa opinion de algunos Generales que hoy viven y muy elevada del difunto duque de Tetuan, como militar. De Mendez Nuñez dijo: «es un gran nombre.»

Ama y venera, claro está, los nobles restos de aquel heróico ejército que combatió por su abuelo. Teniendo á su lado á los generales Elío y Ceballos, tipo de caballeros, ve todos los dias ejemplos insignes de lealtad que admira y de adhesion que enternece. Muchos dias llegan á la casa modesta de Chauveau-Lagarde algunos ancianos que pudieron adherirse al convenio de Vergara y ser Coroneles ó Generales, y vivir en la holgaura y acaso en la opulencia, y sin embargo prefirieron, por ser cortesanos de la desgracia, ganar (yo lo he visto) un jornal mezquino y quizás extender la mano para pedir una limosna.

Casi vivia de limosna el Teniente general Arévalo; ya dije que doña Margarita le consoló y él la bendijo; ahora añado que cuando D. Cárlos le abrazó moribundo, el valiente guerrero se echó á llorar.

Un dia entró en la casa uno de esos ancianos que acababa de llegar de cierta provincia de España, al cual le oí estas palabras que debieran escribirse con letras de oro en láminas de bronce, y que yo escribo sobre este frágil papel con la esperanza de que se graben en el corazon de todos los españoles: «Vengo, dijo, con gran sencillez, á ponerme á las órdenes de don Cárlos. Mi padre y dos hermanos mios murieron por su abuelo en el campo: *solo quedamos ya tres hermanos para morir.*»

¡Solo quedamos ya tres hermanos para morir! ¡Qué palabras y qué corazon!

Cuando veo á tales hombres, doy la espalda á los Magnates del mundo, y me quito el sombrero, como si pasara por delante del honor...

Pero D. Cárlos, que guarda en su corazon la memoria de estas grandezas comprende perfectamente

que él debe ser Rey de todos los españoles; el representante de la monarquía cristiana contra demagogos impíos; el representante de la monarquía española contra aspirantes extranjeros.

En mis largas conversaciones sobre política, cosas le oí que yo desde antiguo pensaba; cosas naturales ciertamente en un corazon sano y en un claro entendimiento. Dar la espalda á lo pasado; olvidar errores; echar la responsabilidad de cosas muy tristes sobre lo difícil y calamitoso de los tiempos; hablar al pueblo la lengua de la verdad, única que entiende y le agrada; y establecer un gobierno genuinamente español, levantando, segun el pensamiento de Balmes, sobre las bases antiguas el edificio grandioso en que tengan cabida todas las opiniones razonables y todos los intereses legítimos; tal es el pensamiento y el deseo y el propósito de Don Cárlos de Borbon y de Este.

Decíame en una ocasion con mucho donaire: «no parece sino que algunos imaginan que he de ir á España con hábito de monge: visto levita como ves, y aun procuro ir elegante... Un Rey, añadió, para serlo en España necesita el concurso de todos los hombres de probidad y mérito. Es más fácil subir sin ellos, que conservarse.» Concepto el último digno á mi juicio de profunda meditacion.

Me habló mil veces, como cualquiera supondrá, de nuestros escritores catolicos y con alabanzas muy merecidas; pero sabe tambien hacer justicia á hombres políticos adictos á Doña Isabel. Tiene en mucho el claro entendimiento de Bertran de Lis y su rectitud y entereza, y oíle encarecer las conclusiones de un folleto elegantemente escrito por el conde de San Luis, hombre en quien supone corazon y talento. Dije «las conclu-

siones;» porque, si no es falaz la memoria, estas ó semejantes fueron sus palabras: «Lo leí con gusto, porque está muy bien escrito: me pareció que podian aceptarse las conclusiones y se lo dije á Ceballos; pero tambien que en la parte histórica (sic) hay algunas equivocaciones; allí está el hombre de partido...» Confirmélo en esta opinion, sin ofensa del conde de San Luis, persona que me es simpática.

Otro dia hablando sobre dos folletos, el uno del Sr. Tejado, escritor brillante y profundo, y el otro del Sr. Altamirano, á quien no conozco; pero á quien saludo desde ahora como ingenio feliz y de intencion muy recta, y sobre aquel famoso artículo *El hombre que se necesita* de Villoslada, el gran periodista; tuvimos una muy larga y entretenida conversacion sobre la futura Constitucion española. Convenia Don Cárlos en que todo se habia destruido en España y estaba todo por hacer; porque las antiguas instituciones habian caido á los golpes de la revolucion y las nuevas, sobre ser obra de un partido, no eran buenas por añadidura. Felipe V, si resucitara, no podria ser Rey como lo fué en su tiempo: no hay ya en España ni Clero ni Nobleza con sus grandes propiedades; no hay Consejos con sus antiguas tradiciones, diciendo á los Reyes *no*, más veces que lo hayan dicho las Córtes á los Ministros constitucionales; no hay Magistratura de hecho inamovible, que sepa pronunciar estas palabras: «Se obedece y no se cumple;» no hay comunidades ni gremios, robustas asociaciones de hombres del pueblo, vestidas con hábito religioso ó hábito profano; no hay franquicias de provincias ni fueros de Ayuntamientos... en España solo quedan un trono y un pueblo.

Don Cárlos, que es profundamente religioso, aun-

que no habla mucho de Religion, cree con todos nosotros, y con Guizot y con Palmerston, los dos grandes Ministros de los últimos tiempos, que la unidad católica es el bien más preciado y el lazo de union más envidiable y la gloria más espléndida de España... «Si soy Rey, no consentiré que directa ni indirectamente se ataque la fé de nuestros padres; la Iglesia será libre; la doctrina del Evangelio debe vivificar nuestras instituciones y nuestras leyes. Si yo fuera inglés ó francés, claro está que admitiria ó conservaria la libertad de cultos ó la tolerancia religiosa; pero lo que se está haciendo en España es absurdo. Creo que en España no habrá protestantes; y si hay alguno, que lo sea dentro de su casa; porque eso sí, la morada de un español es muy respetable, y cada español dentro de su casa es un Rey...» Esto en sustancia; y á fé que la frase «cada español es un Rey,» hubo de traer á su memoria á nuestro famoso Rojas y... «¡qué buena es, dijo, nuestra antigua comedia *Del Rey abajo ninguno*!»

Terció entonces en la conversacion una dignísima persona que asistia á la conferencia, el cual dirigiéndose á mí: «Se asombraria V., me dijo, si viese cartas que escriben algunos liberales en que preguntan al Señor, si en el caso de subir al trono anularia las ventas de los bienes de la Iglesia y restableceria diezmos y hasta la Inquisicion, ¿creerá V.?—Curado estoy de espanto, contesté; Salomon ya lo dijo, *stultorum infinitus est numerus*: lo cual para V. que no sabe latin, significa en castellano: el número de los tontos es infinito... Recordóse con este motivo los Concordatos, que si la revolucion insensata rasga, un Rey legítimo debe respetar; y se repitió la frase ya célebre de que el Rey no puede ser más papista que el Papa.

A vueltas de esto, decia y repetia D. Cárlos con un candor honrado: «Soy muy jóven; he estudiado historia, más que ciencias políticas, y he menester de la experiencia y de las luces de todos: bien se me alcanza que para establecer una ley fundamental he de reunir las Córtes del reino, y ya lo prometí en mi carta á los Soberanos: la ley fundamental obliga á todos y primeramente al Rey; pero es necesario que el Rey sea Rey y no editor responsable de los partidos. ¡Buena han puesto los partidos á España!...»

Algo tenia y mucho de singular semejante conversacion en un cuarto reducido de una modesta casa, entre un hombre que no es político y un jóven que no tiene sino su espada y su derecho... Me equivoqué, tiene mucho más: el amor de la mayoría de los españoles y la fé que *traslada montañas*.

A veces, no parece sino que imagine estar ya en su palacio de Madrid, y arregla aquella su casa: la monta de una manera muy sencilla, casi militar: su mujer y servidumbre han de vestir solo telas del país; el país está pobre y su Rey ha de ser económico: aceptará solo la mitad ó menos de la dotacion que tenia la Real casa; á su ejemplo se disminuirá algun tanto la de los altos empleados, se extirpará abusos donde quiera los haya, se simplificara y purificará la administracion... Don Cárlos está por la descentralizacion administrativa: porque la ciudad no absorba la vida del pueblo, ni Madrid la vida de las provincias... Hasta llegamos á hablar sobre la formacion de Ayuntamientos, y por cierto que le indiqué la opinion de Taparelli que le agradó, en punto á que todos los cabezas de familia debian concurrir á la eleccion de su Concejo.

No me atrevo á indicar pensamientos del Rey, ó

propios ó aceptados sobre la formacion de Diputaciones provinciales y Diputaciones á Córtes; sí digo, que el deseo de D. Cárlos es que en aquellas y estas se hallen verdaderamente representados todos los elementos conservadores y todas las fuerzas vivas del país: sí digo, que con las ideas que tenia y acepta D. Cárlos, se puede formar una ley fundamental veinte veces menos imperfecta que las liberales Constituciones, y que asegure cien veces más la paz del reino, y la verdadera libertad de los pueblos.

Asunto árduo, cuestion inmensa... Muchas veces he pensado que casi debiera borrarse del diccionario de la lengua la palabra imposible. ¿Qué es imposible al ingenio humano? La exposicion de París asombró al mundo; pues aun se irá más lejos, y se volará más alto: el hombre, no lo dudeis, hará casi milagros; los hace ya; pero... no sabe hacer una ley regular de órden público... Y es que Dios le constituyó Rey del mundo material; pero quedó siendo el Rey único del mundo moral.

Dígolo esto en justa censura, no en mofa, de los que fantasean que es cosa hacedera y llana constituir una sociedad.

Hombres de bien, amantes de la gloria de España y que han estudiado su historia, partiendo siempre de los grandes principios sobre los cuales está hace siglos asentada esta antigua y gloriosa sociedad, y teniendo muy en cuenta, así estragos irreparables del tiempo, como nuevas y legítimas necesidades, que trae consigo, con los ojos puestos en Dios y en su Iglesia santa y con el deseo noble y ardiente de reunir en un campo comun á todos los hombres de buena voluntad, están silenciosa y concienzudamente trabajando en la

redaccion de la ley fundamental futura, en la constitucion del municipio, de la provincia, del Estado; y la someterán, como es claro, al juicio del futuro Rey, y en tiempo cercano, si Dios quiere, á la aprobacion de las Córtes futuras... ¡Oh y qué sonora carcajada soltarán al oir esto algunos liberales sapientísimos! No os riais, amigos, que la prudencia aconseja preparar hoy lo que se ha de hacer mañana, y os digo en confianza que si no mienten las señas, D. Cárlos de Borbon y de Este será vuestro Rey y nuestro Rey, y dad gracias á Dios, porque será Rey justo y benigno.

No quiero concluir este punto sin recordar algo que honra grandemente el corazon de D. Cárlos.

A vueltas de las consideraciones que antes apunté sobre reformas de que estaba España necesitada, llamé su atencion sobre la España antigua, que á pesar de sus defectos era tan buena para los pobres, y encarecí que la revolucion se habia hecho solo en beneficio de una parte de la clase media; pero en daño, si bien se consideraba, del pueblo, y singularmente de los pequeños y de los humildes; á lo cual atajándome Don Cárlos, dijo: «pues un Rey, entiendo yo, que debe ser Rey para todos, mas singularmente para los humildes y los pequeños.» Bien, Señor, prorrumpí, muy bien, magníficamente bien. ¡Así comprendo á los Reyes, yo que soy monárquico un tanto singular! Y hablamos y discutimos sobre quintas y matrículas de mar y sobre medios directos ó indirectos para asegurar en cuanto es posible el trabajo á las clases pobres, y facilitar el estudio á sus hijos que mostrasen talento, lo cual es en mí, segun saben todos, antigua manía; porque no puedo llevar con paciencia que se llamen ilustrados los tiempos en que se vende la ciencia, y oscu-

ros los tiempos en que gratuitamente se daba, y en que hasta los hijos de los mendigos tenian llano y fácil el camino para llegar hasta las más altas dignidades del reino.

En resolucion; yo he conocido á D. Cárlos de Borbon y de Este, y siendo hijo del pueblo y amando al pueblo me felicito al presentar esa bella esperanza á los ojos de ese noble pueblo, á quien se ha engaado miserablemente y hoy más que nunca se está miserablemente engañando.

Acaban de abrirse las Córtes: sin temor de ser desmentida por el tiempo, podria levantarse en ellas una voz lúgubre que asombrara á los representantes de la España liberal allí congregada: «*Esto se va, todo esto se va.*»

Llamad á ilusos Dulcamaras, que cuiden del enfermo: el enfermo tiene el mal en las entrañas y se muere... No hay remedio, se muere... Y predique cuanto quiera Prim union á los monárquicos: ¡qué monárquicos! y predique cuanto quiera Rivero union á los republicanos: ¡qué republicanos! ¿Qué conjunto es ese, Dios Santo, híbrido y monstruoso de unionistas moderados, y unionistas revolucionarios; de progresistas de Prim y progresistas de Espartero; de monárquicos demócratas y de republicanos unitarios, federalistas, individualistas y socialistas?

Eso que veis no es más que un mónstruo; y los mónstruos, gracias á Dios, viven poco.

Asombrado estoy al considerar el espectáculo que se está representando en España, y más me asombro todavía al prever el desenlace.

8

Conforme á la nueva doctrina y antecedentes liberales (y de ellos son muy ricos los archivos de la escuela), podia hacerse la revolucion contra Isabel II y el órden de cosas existente; más aun, por razones altísimas esa revolucion era fatal y acaso necesaria; pero habia tres hombres en España cabalmente que no podian hacer esa revolucion, y estos hombres se llamaban Serrano, Prim y Topete.

Cuando pienso que el ministro universal en 1843 es el primero que firma el manifiesto de Cádiz de que no quiero acordarme, y rompe con su espada en Alcolea la corona de Isabel II; no sé por qué me ocurre que Satanás, sobre ser un espíritu infernal, es un burlador horrible...

Ahí teneis á esos hombres, puestos en la cúspide del poder: han reunido por algunos dias las huestes del unionismo y del progresismo: otra union liberal, pero del género grotesco.

Les une, no el amor, sinó el miedo.

No pueden amarse, porque hay entre ellos cuentas de sangre, cañonazos de 1856, fusilamientos de 1866, pero tienen miedo; tienen miedo á la democracia á quien están engañando. Por fortuna les alienta por ahora la desdeñosa proteccion del Alcalde de Madrid.

Los ministros provisionales están ya expiando; ya no creen que son objeto de la *admiracion de Europa*; ya la conciencia incorruptible les azora en las calladas horas de la noche; presienten la tempestad próxima y tiemblan, y si supieran por lo claro las páginas que les reserva la historia, quizás llorarian. Me dan lástima esos héroes de la funcion, Prim, Serrano y Topete; en cuanto á las comparsas, nada, no digamos nada...

Pues esos hombres que gritaron ¡abajo lo existente! no traian, segun se ve, en su angosto cerebro ni una idea para reemplazar lo que derribaban. Turbados por lo caballeresco de la hazaña, echaron mano de una bandera que encontraron en Cádiz ó en Sevilla: esa bandera pertenecia á los demócratas, y en ella los doctores de esa escuela, que no saben lo que dicen, escribieron todos los derechos que llaman naturales y suponen ilegislables. ¡Triste plágio de otro hombre y de otros tiempos! El conde de Lucena, que tenia más estatura que Prim y Serrano, se entró un dia en las tiendas de los progresistas y se llevó sus pendones: el progresismo no le perdonó... como no perdonará la democracia á Serrano y á Prim que han tomado su bandera y han subido con ella la cumbre del monte, pero dejando á sus dueños legítimos en el hondo del valle. Broma de mal género, é intolerable insolencia, haberse atrevido á poner esos Ministros provisionales, sobre esos derechos absolutos é ilegislables, una sombra de corona.

¿A quién se ocurrió jamás que siendo el pueblo Rey, consienta Rey? ¿O quién ha soñado que una monarquía con sus atributos esenciales pueda vivir tres meses con el estrépito de las libertades que suponen esos derechos absolutos?

Bajo pomposas palabras se oculta un engaño aleve: todos lo comprenden y se aperciben á la gran batalla.

El Gobierno provisional se encuentra hoy con sus huestes mal unidas frente á frente de la democracia triunfante en las ciudades más populosas de España, donde tiene los Ayuntamientos, y bajo las órdenes de estos, y con el nombre de Voluntarios de la Libertad, el ejército de la república.

Prim teme que el unionismo, en cuanto pueda, lo derribe: teme Serramo que el progresismo, en cuanto pueda, le ponga en la calle: temen los dos que no pocos de sus hoy comunes soldados se vayan muy pronto á engrosar el ejército de la democracia...

Hoy los provisionales, imaginando reforzar su partido, andan por todas partes, buscando para el trono vacío un Rey de limosna, y ¡oh vergüenza! no encuentran ese Rey; no encuentran Rey para el trono de España que fué señora de dos mundos. Esos hombres, que han mostrado tanto valor contra las Monjas, y sentido bastantes alientos para rasgar Concordatos, vacilarán por lo menos ante el ceño de Francia y el mal humor de Inglaterra. Han derribado una Reina y piden con mucha necesidad un Rey. ¡Pues no hay Rey, oh monárquicos fervorosos, no hay Rey! El ángel que cayó, el primer revolucionario del mundo, ¡cómo se estará riendo de esos pobres!

Supongamos que consintiéndolo benignamente Francia ó Inglaterra, los Ministros provisionales den por fin con algun cuitado que consienta en aceptar el empleo de Rey, empleo peligrosísimo, aunque bien dotado. Discuten á ese hombre y tienen la dicha y la fortuna de sacarle de la urna con una coronita en la cabeza. ¡Qué Rey, Dios mio, qué sombra de Rey! ¿Cuánto durará en la España católica ó revolucionaria esa sombra de Rey?

Y no hay fuerza humana que lo evite. Ese Reyezuelo habrá en seguida de entrar en lucha campal con la democracia: no hay Rey posible en Madrid con Ayuntamiento soberano y ejército popular en Cádiz, Sevilla, Málaga, Zaragoza y Valladolid, Bareelona y Valencia.

Hay que venir á las manos: si triunfa el Rey por la fuerza inevitable de las cosas, se hace Dictador: España no ha de consentir tres meses á un opresor extranjero, España entera se conjurará contra él; solo le quedará una guardia pretoriana que cualquier dia anochecerá amiga del déspota, y amanecerá vengadora del pueblo.

Si triunfa la república, por la fuerza inevitable de las cosas, la república se llamará anarquía y socialismo; y el pueblo español, en su mayoría inmensa, se sacudirá y se levantará; porque ante todo es vivir y nó se puede vivir sin paz y sin órden.

Quien no ve que la cuestion de España solo puede tener, como ahora se dice, estas dos soluciones, ó dictadura y fuerza brutal, ó república y anarquía, está ciego; por dicha, una y otra solucion son pasajeras y ha de venir pronto otra solucion definitiva, por la gran razon de que España no ha de morir.

El Rey ó el Gobierno, si triunfa, se ha de hacer Dictador porque despues de una gran batalla civil, por fuerza lo ha de ser el que vence, quien no podria vivir por otra parte con el inmenso estrépito de las libertades populares: la república triunfando se hace anarquía y socialismo; porque derribada la sombra de autoridad que aun resiste, entran las muchedumbres en plena posesion de su turbulenta soberanía; porque no está bien que miles y miles de pequeños Soberanos vistan andrajos y coman pan negro y escaso; porque si el liberalismo está dando desde el año 33 acá insignes muestras de respeto á la propiedad, que no quiero recordar; si el liberalismo, atacando á la Iglesia católica aparta de Jesucristo á las muchedumbres, ¿cómo no ve que aquellos á quien se llama desheredados, en

el momento en que olviden que se les guarda en el cielo su parte de herencia, han de apresurarse á buscarla sobre la tierra?

Sangre suda el corazon al pensar en los males de España; daria yo toda la de mis venas, gota á gota, por evitar á mi patria amadísima tantos dolores; pero no hay remedio: una fuerza misteriosa nos empuja y una voz fatídica grita ¡adelante, adelante!

Comenzó la revolucion su obra degollando Sacerdotes, Ministros de Dios, hijos del pueblo: acabará la obra de la revolucion... ¡Dios mio! ¿No seria posible que apartases ese cáliz amarguísimo de los labios de esta España infeliz?

Dije antes: «pero despues de la gran confusion, ¿quién pondrá órden en España? Despues de la gran desolacion, ¿quién reunirá en España todos sus elementos conservadores y le dará Gobierno estable, y ansiada paz y libertad verdadera?

La experiencia, la razon, el sentido comun contestan á estas preguntas. Solo puede obrar ésta maravilla la monarquía cristiana...

Es cierto; pero la monarquía dice Rey, ¿quién será Rey?

Sepa el siglo futuro que existen todavía en España algunos hombres de buena fé que sueñan que ese Rey puede ser doña Isabel II restaurada, ó su hijo D. Alfonso, niño de once años.

Cuando vean la luz pública estas líneas, ya habrá leido España un folleto profundamente pensado y superiormente escrito, en que el Sr. Tejado demuestra, que ni la madre, ni el hijo pueden representar en España la monarquía cristiana que la ha de salvar, y que solo puede representarla el que la misma revolucion

llama Rey legítimo y es D. Cárlos de Borbon y de Este.

Me atrevo yo tambien á dirigir alguna palabra á la augusta Señorà, y si bien el corazon quisiera poder ser cortesano de la Majestad caida para consolarla en su soledad; seria piedad cruel halagar sus ilusiones, si es que las tiene, con esperanzas mentidas.

Si alguien dice que puede la augusta Señora volver á sentarse Reina en el trono español, no engaña; pero se engaña.

Si bien se considera, la revolucion no derribó ese trono: al solo rumor de ella ese trono se cayó. Tronos así caidos, no los vió jamás el mundo de nuevo levantados.

En un un manifiesto que firmó la misma augusta Señora se confesó, ¡triste confesion! que se la habia *despedido*... yo no vuelvo á la casa de que me despiden; y creo que es lícito á los Reyes tener tanta altivez como á un hijo oscuro del pueblo.

No entró doña Isabel en Francia, como su tio, á quien acompañaba un ejército; sino sola y desamparada como Monarca, no vencido, sino despedido.

Si cayó cuando su ejército estaba en pié, ¿cómo ha de volver sin que todo un pueblo la busque y la lleve sobre sus hombros? ¿Y dónde está ese pueblo?

El pueblo español, ó es revolucionario o es católico: el revolucionario la despidió é infamó; no la buscará: el católico la compadece y respeta; pero no puede buscarla: tiene su Rey.

Y si fuera posible que volviera Reina á España, ¿qué habia de representar esa mujer, que es piadosa; pero cuyo nombre va tristemente unido á todos los ataques que sufrió de una revolucion impía el catoli-

cismo en España? ¿Qué habria de representar, y sobre todo, de quién podria fiarse la mujer por tantos engañada?

Encontrándose niña en el trono creyó de buena fé y debió creer que la ley fundamental la llamaba para ser Reina de los españoles. No era así, ni segun la opinion de la España revolucionaria, ni segun la opinion de la España realista. Fernando VII, vencido del amor á los suyos, puso con mano moribunda el cetro en la cuna de Isabel y encargó á María Cristina la custodia de esa cuna y de ese cetro.

La revolucion victoreó á la madre; la revolucion en el dia de su triunfo afrentosamente la silbó.

La revolucion adoptó á la hija y ella, aunque buena y piadosa, llegó por servirla hasta á reconocer el reino de Italia. Un hombre se alzó entonces en las Córtes, y dijo: «Adios, mujer de Yorck, Reina de los tristes destinos:» él la saludaba; porque la veia dispuesta á partir. La revolucion la ha obligado groseramente á apresurar el viaje.

¡Infortunada Señora, si fuese posible que por breves dias volviéseis Reina á España! ¡Infortunada madre, si fuera posible que viérais por breves dias á vuestro hijo coronado Rey de España!

Doblemos la frente y respetemos los decretos de la Divina Providencia... y perdonad, Señora, estas palabras á quien cree que tiene algun derecho para decirlas: cree tenerlo. Cuando en señal de regocijo las casas de los Grandes antiguos y las casas de los que habeis hecho Grandes se adornaban de dia y se alumbraban de noche; los modestos balcones de su pobre casa, de dia permanecieron en acusadora desnudez y de noche en sediciosa oscuridad. Y cuando la revolu-

cion triunfante hizo callar las voces de vuestros amigos y envileció la pluma y el buril para deshonraros de la manera más villana, como mujer, esposa y madre; mi voz fué la única ó la primera al menos, que pronunció algunas palabras en defensa de la dama ofendida y de la Reina ultrajada; porque es verdad que teneis un corazon bueno y piadoso y nobilísimo, como es verdad tambien que nadie lo aprecia mejor ni lo estima en tanto como vuestro augusto pariente D. Carlos de Borbon y de Este.

No se puede pensar, españoles, en la restauracion de doña Isabel, ni en la proclamacion de su hijo, niño de once años.

Un niño en el trono de España ¡qué locura!

Imaginad la regencia que mejor os parezca... á la vuelta de tres meses es república.

España necesita un hombre y de sólido entendimiento y de gran corazon, y este hombre necesita de la asistencia de Dios; porque nunca quizás hubo en ningun país empresa más temerosa que acometer, ni tampoco más alta gloria que ganar. Al subir al trono los Reyes católicos, se encontraron pueblos despedazados y revueltos por las turbulencias de los Señores; pero hoy lo están, no solo por ambiciones y codicias desapoderadas; sinó por insensatas doctrinas. Hoy está la anarquía dentro de casa y el socialismo llamando á las puertas.

No creais, españoles, tampoco en la estabilidad de gobierno ninguno que brote de las entrañas de esa revolucion, que se ha llamado por permision providencial, la revolucion de la honra. ¡Imposible, imposible!!! Si no fuera imposible, habríais de escribir *milagro*; y el milagro supone á Dios; y bien podeis

creer que Dios no andará entre Prim, Serrano y Topete; aunque acompañen á estos señores Orense, Castelar y Rivero.

Esto se va, todo esto se va; fijad la vista en el Congreso, en Madrid, en las provincias; ¿no estais viendo cómo se va?

Yo sé ó creo saber cómo esto que se va, podria durar algun tiempo para mayor desdicha de España. Podria durar si la impaciencia se arrojase hoy á tremolar en los campos cierta bandera. Tal es mi leal é íntima conviccion. Por ello há pocos dias escribí en un periódico religioso algunas líneas, que no me parece de todo punto ocioso copiar en este folleto.

«Créanlo ustedes, señores redactores de LA REGENERACION, y créalo el pueblo español; hay un mal espíritu, perteneciente á la familia liberal, por supuesto, que está empeñado en traer á España á una guerra más que civil; y puesto que está empeñado en ello, es preciso no darle gusto.

»Clamen ustedes sobre esto en todos tonos y á todas horas *oportune*, *importune*, como decia el Apóstol.

»Hoy el valor se llama paciencia; y estas palabras debian ser como obligado epígrafe de todos los escritos religiosos y monárquicos.

»Se necesita gran fuerza de alma para sufrir tanto; pero conviene sufrirlo.

»Nadie interrumpa el órden de la funcion que permite la Providencia de Dios que se esté dando en España. Ese drama grotesco y horrible tiene un fin altamente moral. Cuando hayan acabado de hacer sus papeles, desáparecerán los actores.

»Los grandes pecados de nuestra época, y las doctrinas perversas, á veces como torrente impetuoso, ó cuando no, como filtraciones moderadas, han ido trastornando á buena parte del pueblo español. Esta parte necesita una gran enseñanza, así como todos nosotros un último castigo.

»Despues de esto, desaparecerán las nubes y reaparecerá el sol.

»Esto se va, decia un amigo nuestro, y se fué.

»Pues la revolucion que hoy manda, sobre todo, si no se la da pábulo con una guerra civil, en breve se despedazará á sí propia; y despues de haber cumplido, sin saberlo, un encargo misterioso y terrible, caerá aborrecida y deshonrada á los ojos del mundo.

»Por Dios Santo y por todos los del cielo, que no se interrumpa á esos hombres que están representando ese drama. Yo periodista, daria cuenta en mi diario de todos los horrores de la composicion y de todas las barbaridades de los autores, sencilla, verídicamente, como si fuera la posteridad que, Juez imparcial, ha de juzgar á todos.

»En ese drama hay, como en algunas de nuestras antiguas comedias, un personaje que no habla; cuando suene la hora, que no tardará mucho, dirá una sola palabra, y se apagarán las luces, y hundiránse por escotillon los actores, y nos hemos de quedar todos mirando á lo alto diciendo: «Aun hay Dios en el cielo.»

»Lo que debe hacerse ahora es irse acercando y entendiendo todos los hombres que sean católicos, hayan militado en cualquier campo ó bajo cualquier bandera. ¡Oh hermanos mios! Olvidando lo que pasó, atended solo á los dolores de la Iglesia y de la patria. La Cruz que salvó al mundo antiguo iba impresa en las enseñas españolas que recorrieron triunfantes el Nuevo Mundo.

»Ahora se abrirán las Córtes. Parece que no ha sobrado libertad en las elecciones: el partido republicano mismo ha dicho que el Congreso ¡oh dolor! no podrá ser considerado como espresion verdadera del pueblo español. El partido republicano ha hablado y hablará de malas artes y de inmorales influencias; otros saben algo del palo innoble, y de la cárcel oscura, y de ciertas lamentables equivocaciones de la misma justicia. Pues bien; si así pasaron las cosas, dejad á los vencedores que pacíficamente arreglen las de España.

»Se ha de tratar es verdad de la unidad católica. ¡Gran Dios! Hay que combatir á los que quieren arre-

batarnos esta gloria y esta dicha, que Guizot admiraba y envidiaba Palmerston... Esto creerá alguno; error en mi juicio. Esa inmensa cuestion ya la resolvió el gran Romero Ortiz. El Gobierno provisional de reciente ha ratificado. Si quiere agitarla en las Córtes, hágalo; hablen hasta enronquecer progresistas y demócratas: sea su contestacion el silencio absoluto de la España católica.

»Cuando más, me parecia bien que una sola voz se levantase sencillamente para anunciar las exposiciones de los pueblos, que piden la conservacion de la unidad, y para decir sencillamente cómo la violencia ó el miedo han impedido á otros pueblos que elevasen la suya, hasta los Representantes de la nacion española.

»Esta revolucion está dando que reir al mundo y lo está escandalizando. El pueblo español es grande y noble todavía; ella; raquítica y menguada, inmunda y fea.

»El otro dia leí en un periódico que cierto Gobernador se habia vuelto loco, y puesto por tanto un espía al pié de cada púlpito. ¿Esto es verdad? Pues me holgaria de que cada Cura subiese á ese púlpito y leyese la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, ó ciertos pasajes muy importantes de los Hechos de los Apóstoles, y nada más...

»¿Tampoco lo consiente el Gobernador, ó lo lleva á mal el Gobierno, empeñado en proteger á la Iglesia?... No se atreve un lego á hablar en este punto; pero bien se me alcanza que llegará dia, y no está muy lejano, en que el Sacerdote habrá de ir de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan á sus pobres feligreses, y comprendo que puede llegar el caso, y quizá esté mas próximo de lo que parece, en que el Cura tendrá que cerrar la Iglesia y entregar las llaves al Alcalde.

»Es posible que la revolucion brame entonces; pero no tendrá razon ni delante de Dios ni delante del mundo.

»Los españoles verán cerradas las Iglesias en que llevaron á bautizar á sus hijos, en que la palabra divina santificó sus amores, en que muertos debian recibir las bendiciones de la Iglesia nuestra Santa Madre... El dia en que se cierren las Iglesias de España, caerá la revolucion herida de muerte.

»Nada de guerra civil: si es posible, ni un grito de indignacion: tengan todos los ojos fijos y el oido atento, y miren y escuchen; que es grande espectáculo el que Dios nos ofrece para enseñanza y para escarmiento. Tengo compasion del auditorio, porque ha de padecer mucho; pero la tengo tambien de los actores que ahora representan papeles casi de Reyes, y de Caballeros; y de... ¡podres actores! ¡pobres actores! Dios tenga piedad de nosotros y... de ellos tambien.

Esto escribí y hoy lo rescribo.

Sí: el valor se llama hoy paciencia, y la política paciencia... Paciencia, y evitareis á España muchos dolores; paciencia, y llegareis antes al término deseado; paciencia, y hareis más fácil que se arraigue en España un estado de cosas durable é inconmovible á los vientos revolucionarios de Europa... ¡Paciencia por poco tiempo, por muy poco tiempo!

Mirando al porvenir desde las alturas de la sana filosofía, ó mejor de la Fé católica, España necesita de una nueva leccion y de un último escarmiento.

Considero al pueblo español dividido en tres partes. Conserva la primera el fuego sagrado de sus padres, y aunque desarmada, está pronta á dar su sangre por su fé; la segunda es católica, pero está entibiada por el liberalismo ó embargada por el miedo, escondiendo en el último rincon de su casa su fé y su patriotismo; tambien es católica la tercera, pero está seducida y embriagada por falsas doctrinas y brillantes y seductoras promesas.

Yo os aseguro que la revolucion dentro de poco no dejará vivir á los egoistas y á los medrosos, y les hará salir del rincon de sus casas, y hemos de verlos espantados por las calles y diciendo: «así no se puede vivir.» Yo os aseguro que los ilusos verán pronto con sus ojos y tocarán con sus manos la falsedad de las doctrinas y

la mentira de las promesas, y en vez del mundo encantado en que hoy sueñan entrar, veránse en un páramo horrible, y se acordarán, como el hijo pródigo, de la casa paterna, y volverán, y la Iglesia los recibirá en sus brazos; porque ellos humildes y pobres, son los hijos predilectos de Jesucristo.

En tanto nosotros opongamos á la persecucion la paciencia, la caridad á las injurias, y á las mentiras la verdad: la verdad que es el sol del mundo moral y que ha de salvar al mundo.

Generalmente hablando, los hombres no son malos, sino ignorantes y, aunque el liberalismo aparente escandalizarse, siempre he dicho y lo repito hoy, que la ignorancia es nuestro principal enemigo, y hay que vencer esa ignorancia con la verdad y disipar esas tinieblas con la luz.

Mirando con caridad á todos los hombres, hay que tener en cuenta los errores innumerables, las preocupaciones infinitas de que muchos son víctimas. Yo me complazco en confesarlo: el corazon de nuestro pueblo es bueno: yo lo ví en los dias de la revolucion y lo escribí en España; yo lo vuelvo escribir en Francia para que lo oiga mejor Europa: es bueno y es noble, tanto ó más que el corazon de ningun otro pueblo... Pero debemos nosotros hoy más que nunca esforzarnos en disipar viejas preocupaciones de que están poseidas hasta personas que parecen ilustradas; en desvanecer miedos ridículos de reacciones insensatas; en poner de realce los peligros que en manos de la revolucion amenazan á la propiedad y á la familia; en presentar más á la luz la santa y consoladora Religion de nuestros padres; en probar más y más que solo la monarquía cristiana puede dar paz á los pueblos, seguridad á los

acomodados de bienes de fortuna, alivio y consuelo á los pobres y humildes, y á todos justicia, que lleva en sus entrañas la libertad verdadera...

Y debemos además dar á conocer el noble y generoso corazon de D. Cárlos; y como él, dando la espalda á lo pasado, ha de ser Rey de todos los españoles; y como todos podrán vivir feliz y dignamente á la sombra de la gran bandera que se esclarece con los rayos del sol de Lepanto, Pavía y Bailén, y se ilustra tambien con los de Africa y del Callao.

En estos momentos me atrevo á dirigir mi humilde voz á todos los españoles que se precien de hijos fieles de la Iglesia Católica, en cualquier campo que hayan militado, y sean cualesquiera las doctrinas políticas que sustenten. Pues que todos somos católicos, ¿no es tiempo ya de que nos vayamos acercando, conociendo y uniendo?... En la triste prevision de lo que habia de venir dije en las Córtes del reino estas palabras:

«Siendo casi niño leí en cierta obra, apenas conocida, un trozo que me causó profunda sensacion, en tanto grado, que son ya pasados largos años, y si no recuerdo la letra, recuerdo perfectamente la sustancia... Era la obra á que aludo un discurso que á últimos del siglo XVI pronunció Fray Hortensio Palavicino, orador famoso, sobre el diluvio universal. Segun él, en la víspera de aquel dia espantable, en que habia de ver el cielo á la tierra convertida en un desierto de aguas, los hombres que eran sabios y libres, olvidados de Dios, ó despreciadores de El, cantaban y danzaban y dábanse enteros á todo linaje de placeres. Y dice el orador que el horizonte se encapotó de repente y comenzó furiosamente á llover, en términos que no parecia, sinó que el cielo convertido en agua se venia sobre la tierra. Y pinta primero el asombro y despues el terror y á la postre el pasmo de la gente: pálida y ansiosa abandonaba las

poblaciones que invadian las aguas, y corria á ganar las montañas vecinas y trepaba por ellas hasta encaramarse á lo más empinado de las cumbres. En ellas se encontraron hombres que eran en el dia anterior mortales enemigos; pero entonces no se acordaban de sus ódios, sino que huyendo del peligro horrible, apiñábanse unos contra otros, y se estrechaban y se abrazaban. ¡Amargas caricias, esclama el orador, amargas caricias las de la necesidad, desesperados abrazos los de la agonía!... Pues bien, señores Diputados, si llega el dia de la revolucion, la revolucion será espantosa; todos nos hemos de ver en amarguísimos trances; muchos os habeis de encontrar en país extranjero, donde siempre se come el pan desabrido; y entonces... entonces, señores, nos miraremos y nos volveremos á mirar atónitos y diremos: sin duda perdimos el juicio. Y al pensar en los males de España por nuestra culpa, no podremos contener las lágrimas, y nos arrojaremos los unos en brazos de los otros... ¡Amargas caricias las de la necesidad, desesperados abrazos los de la agonía!»

Así hablaba el Diputado, á Diputados: ahora repite el español á los españoles: ¿no es tiempo ya de que se acerquen y se entiendan y se abracen todos los católicos? Yo estoy por la reconciliacion de todos, comenzando ó acabando por los individuos de la familia más ilustre de Europa y tambien de la más desgraciada. Pido á Dios desde lo mas íntimo de mi corazon, que dé esta muestra de misericordia infinita á su España infeliz. Plegue á Dios que se acerquen y se entiendan y se abracen todos los católicos, todos los españoles, diciendo: ¡Viva la Religion! ¡Viva Cárlos VII Rey! ¡Viva la justicia! ¡Viva la libertad!... Nadie tema decir ¡viva la libertad! que la libertad es cristiana. No hay más sino que la cosa nos pertenece, y por descuido nuestro se nos despojó del nombre... Donde está el espíritu de Dios, dice San Pablo, allí está la libertad.
